

EL PUEBLO ES LA HISTORIA

60

MEMORIAS

DE VENEZUELA

EL INSURGENTE RODRÍGUEZ SIGUE MOSTRANDO EL HORIZONTE



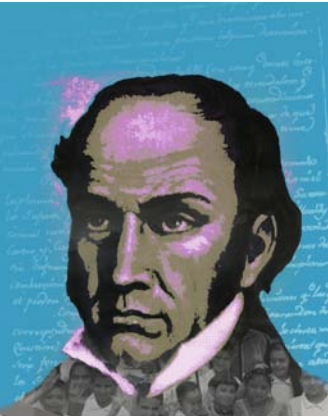
El maestro de Bolívar
fue un revolucionario que
batalló por la liberación
espiritual del pueblo

El insurgente Simón Rodríguez

A 249 años de proximidad histórica, Simón Rodríguez se revela, palabra por palabra, idea por idea, experiencia por experiencia, como un pensador-activista insurgente. Y lo es más allá de su abierta confrontación con los poderes coloniales y su compromiso con la causa independentista: Rodríguez es un insurgente como filósofo, como maestro, como hombre público; porque sus ideas, su labor docente y su quehacer político proponen la reivindicación de los excluidos, son a un tiempo privados de la tierra, de la educación y de la libertad.

Ese carácter insurgente, que lo convirtió en un personaje incómodo para los grupos de poder que se oponían al proyecto bolivariano, fue también lo que le dio a su obra una vigencia tal que sus libros nunca han dejado de ser contemporáneos: siempre han estado al día, a la orden del país y del pueblo. Solo que faltaba la voluntad real de darles curso a sus propuestas. Voluntad que encontró músculo y mente en el comandante Hugo Chávez y que persiste en el esfuerzo de quienes salieron de la exclusión mediante la aplicación de su ideario en proyectos como la Misión Robinson, entre otros.

Aquí se presentan un conjunto de trabajos que dan cuenta de cómo y por qué ese ideario sigue siendo un horizonte de liberación.



PORTADA: composición digital de Javier J. Véliz a partir de un retrato de Simón Rodríguez

Contenido

2	Rodríguez: un fantasma revolucionario que recorre Nuestra América
8	Simón Rodríguez: robusta raíz de la Revolución Bolivariana
12	La episteme cimarrona de Simón Rodríguez
20	Flora y Samuel: vidas paralelas
26	Dos textos de Rodríguez nos hablan de la Venezuela de hoy
32	Simón Rodríguez defendió la educación que forma para la libertad
36	Simón Rodríguez y la carta de la “toparquía”
39	La voz de Rodríguez en un documento memorable
40	Documentos inéditos dan luces para reconstruir con mayor precisión la vida y obra de Simón Rodríguez



Anteojos que pertenecieron a Simón Rodríguez. Colección Museo Bolivariano

MEMORIAS DE VENEZUELA N.º 60 octubre 2018
EDITOR Carlos Ortiz COORDINADORA Noelis Moreno REDACCIÓN Jeyjú Pereda · Carlos Ortiz · Mauricio Vilas ICONOGRAFÍA Y DOCUMENTOS Osman Hernández · Daniel Herrera
DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN Javier Véliz. EQUIPO DE TRABAJO Pedro Calzadilla · Alejandro López · Simón Sánchez · Rosario Soto · Coro Ortiz · Andrés E. Burgos · Luis Pellicer
Jesús Peña · Neller Ochoa · Carlos Franco · Néstor Rivero · Javier Escala

AGRADECIMIENTOS
Instituto Autónomo Biblioteca Nacional (Archivo Audiovisual, Colección Bibliográfica, Colección Antigua, Hemeroteca); Galería de Arte Nacional (Cinap), Museo Bolivariano, Archivo General de La Nación
IMPRESIÓN: Imprenta Municipal

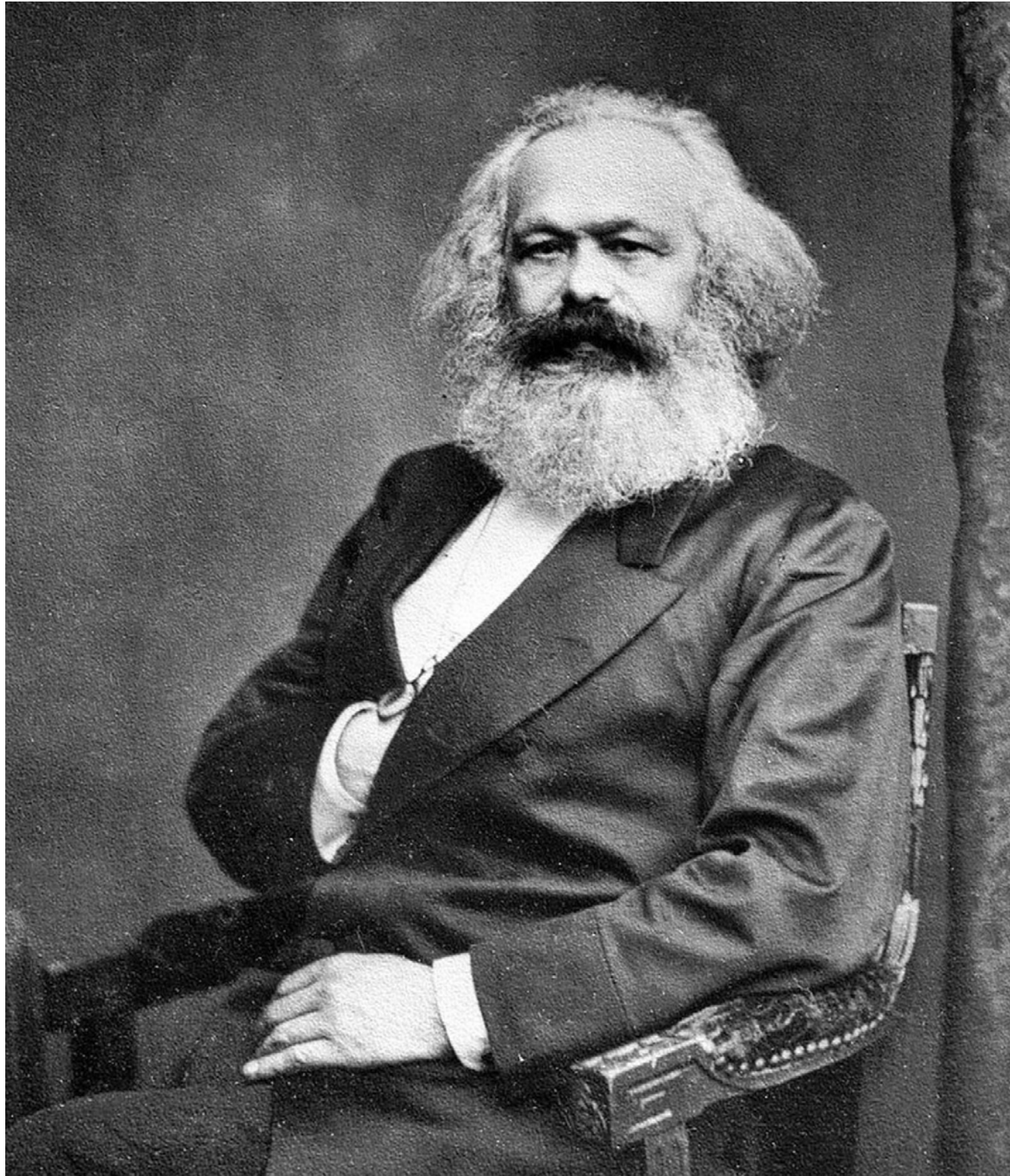
RECONOCIMIENTOS Mención Honorífica del Premio Municipal de Comunicación Social 2009 · Premio Nacional de Periodismo 2010 · VII Premio Nacional del Libro de Venezuela 2010-2011, mención Revista · Premio Municipal 2011 Periodismo Científico, Diseño y Diagramación Premio Municipal de Periodismo Willian Lara 2012

Ministerio del Poder Popular del Despacho de la Presidencia
y Seguimiento de la Gestión de Gobierno / Centro Nacional de Historia
Final Avenida Panteón, Foro Libertador, Edificio Archivo General de la Nación,
PB. ISSN 1856-8432 Depósito Legal N.º PP200702DC2753

CORREO ELECTRÓNICO memoriasdevenezuela.r@gmail.com comunicacionescnh2014@gmail.com
PÁGINA WEB www.cnh.gob.ve TWITTER @Memoriasvzla | @cnh_ven
FACEBOOK Memorias de Venezuela Centro Nacional de Historia TELÉFONO (0212) 509.58.32

Su vida y la de Marx se hermanan en las ideas y en la lucha

Rodríguez: un fantasma revolucionario que recorre Nuestra América



■ **Alí Ramón Rojas Olaya**

En 2017 celebramos el centenario de la Revolución Bolchevique y los 150 años de la publicación del primer volumen de *El capital*, de Karl Marx. Este año el mundo celebra el bicentenario del nacimiento de este filósofo alemán así como los 175 años de la publicación de sus obras *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel* y *Sobre la cuestión judía*, y los 170 años de la primera edición del *Manifiesto Comunista*, escrito conjuntamente con Friedrich Engels. 2019 será el año en que celebremos los 20 años de la Revolución Bolivariana, la primera del siglo XXI, y los 250 años del nacimiento de Simón Rodríguez, raíz fundamental de esta y a quien el Libertador sigue llamando “el hombre más extraordinario del mundo”.

Datos comparados

El 28 de octubre de 1769 nace Simón

Rodríguez en Caracas, provincia de Venezuela, Reino de España. El 5 de mayo de 1818 nace Karl Marx en Tréveris (Trier), Renania, Reino de Prusia. Rodríguez es expósito, es decir, fue abandonado al nacer.

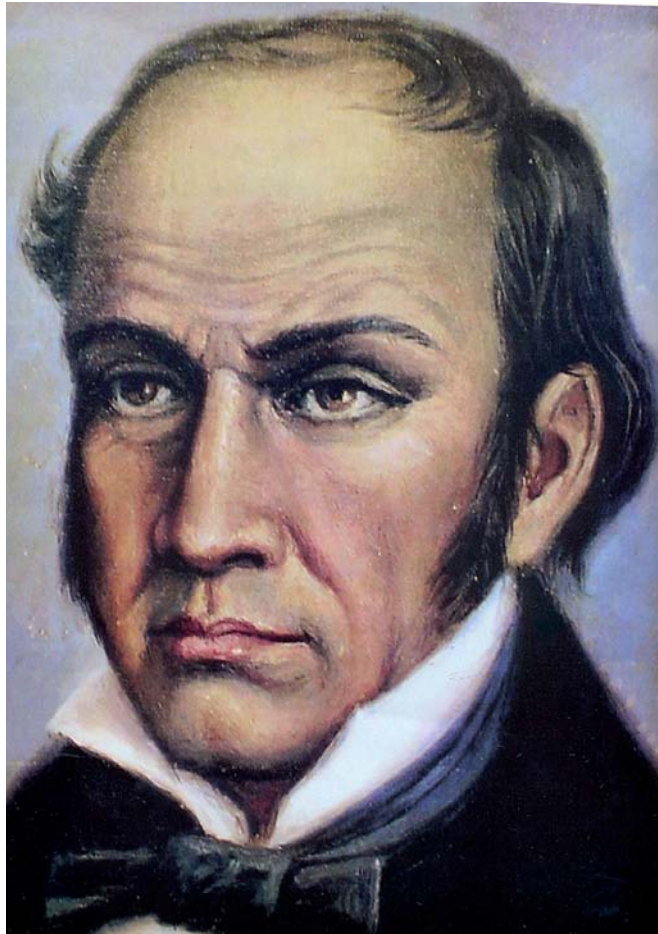
Lo acogen Alejandro Carreño y Rosalía Rodríguez. Los padres de Karl son Heinrich Marx y Henriette Presburg. Rodríguez escribe su primer libro, *Reflexiones sobre los defectos que vician la Escuela de Primeras Letras en Caracas y medios para lograr su reforma por un Nuevo Establecimiento* en 1794, a la edad de 24 años. Marx escribe su primer trabajo a los 18 años, la comedia inconclusa *Escorpión y Félix* (1837).

Rodríguez no puede estudiar en la Real y Pontificia Universidad de Caracas por ser expósito. Marx se gradúa de doctor en filosofía en 1841 en la Universidad Humboldt, de Berlín, con la tesis *Diferencia entre la filosofía de la naturaleza de Demócrito y la de Epicuro*. Rodríguez se casa a los 24 años (1793) con María de los Santos

Ronco en la parroquia de Altigracia de Caracas. (En la Catedral solo se casaban los mantuanos). Más tarde se casará con la boliviana aimara Manuela Gómez. Marx se casa con Jenny von Westphalen en 1843, a los 25 años.

Rodríguez se exilia 26 años entre Jamaica, Estados Unidos y Europa, entre 1797 y 1823, por participar junto a Joaquina Sánchez, Manuel Gual, José María España, Isabel Gómez (madre de Manuel Piar) y Juan Bautista Picornell, entre otras personalidades, en la Insurrección de La Guaira, “Cuna de la Revolución Americana”, como la llama Aristides Rojas. Marx se exilió en Bruselas en 1845 y en 1849 en Londres. En la ciudad belga se convirtió en una figura clave de la Liga de los Comunistas. En la capital inglesa propone la Primera Internacional Socialista.

El venezolano publica a los 59 años su obra capital, *Sociedades americanas*, en 1828; a los 49 años el alemán publica el volumen uno



de *El capital*. Rodríguez publica su obra en Caracas, Guayaquil, Puno, Chuquisaca, Cochabamba, Oruro, Arequipa, Lima, Concepción, Trilaleubu, Monteblando, Tucapel, Valparaíso, Latacunga, Túquerres, Bogotá y Guayaquil, es decir, en la periferia epistémica. Marx publica en Berlín, Londres, París, Nueva York, léase, en el centro epistémico. Rodríguez muere en Amotape, Perú, el 28 de febrero de 1854 a los 84 años. Marx muere en Londres el 14 de marzo de 1883, a los 64 años.

El rol de los filósofos

En la tesis once sobre Feuerbach (1845) Marx escribe: “los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo”. Esta transformación caracteriza toda la praxis rodrigueana. En *Sociedades americanas* (1828) Rodríguez escribe: “algunos filósofos (de los pocos que gustan

aplicarse a hacer lo que aconsejan), asociándose a gente emprendedora, empezaron hace poco un camino nuevo sobre planes en parte dados, en parte propios. Apenas han podido abrirse paso por entre breñas –han avanzado poco– y la gente empieza a desmayar”.

En *Luces y virtudes sociales* (1840) Rodríguez dice: “sólo los filósofos saben anteponer el mérito de las cosas a sus gustos, a sus afectos y a sus pasiones porque su genio es la exactitud”. En *Crítica de las providencias del gobierno* (1843) Rodríguez afirma que la “filosofía es amar a la sabiduría. Es conocer las cosas y conocerlos, para reglar nuestra conducta por las leyes de la naturaleza”.

Desde una posición topofílica (amor al terruño), explica que “la filosofía no intenta despojar, de sus propiedades, a los actuales poseedores (sean cuales fueren sus títulos); pretende, sí, asignar a los nativos una parte de los

Campos Baldíos, que los Congresos [por error disculpable] ofrecen, de preferencia, a hombres situados a mil y más leguas de distancias”.

Esta es la razón por la cual “los filósofos saben que los hombres condenados a la miseria por la casualidad del nacimiento, son instrumentos de desorden, por necesidad”, afirma Rodríguez, y agrega que “en esos campos desiertos extendería el desgraciado, la Esfera de actividad que sus necesidades le trazaran [esfera reducida en el día... con muy corta diferencia... a la que se concede a una planta] y contento con su propiedad la poseería, sin pensar jamás [si se le enseñaba a vivir socialmente] en usurpar la de un vecino que conocería, tan bien como él, el derecho con que poseía”.

La crítica es el alma de la sociedad

Para Marx “el arma de la crítica no puede reemplazar la crítica de las ar-

mas”. Para Rodríguez “el alma de la sociedad es la crítica”.

En *Crítica de las providencias del gobierno* escribe que este debe estar persuadido “de que sólo quien tenga ideas sociales y diccionario social, entenderá bien la Crítica de sus Providencias”.

Más adelante explica por qué escribió este tratado: “¡Como hombre!, no como peruano escribo sobre la sociedad: esta está donde hay hombres reunidos: cada hombre es individuo del género y el que se interesa por el bien de todos es miembro nato del Congreso universal, sin más elección que la de su voluntad: el deber que se impone prueba amor a sus semejantes, y el esmero con que lo desempeña hace honor a sus sentimientos”.

Valor de uso y valor de cambio

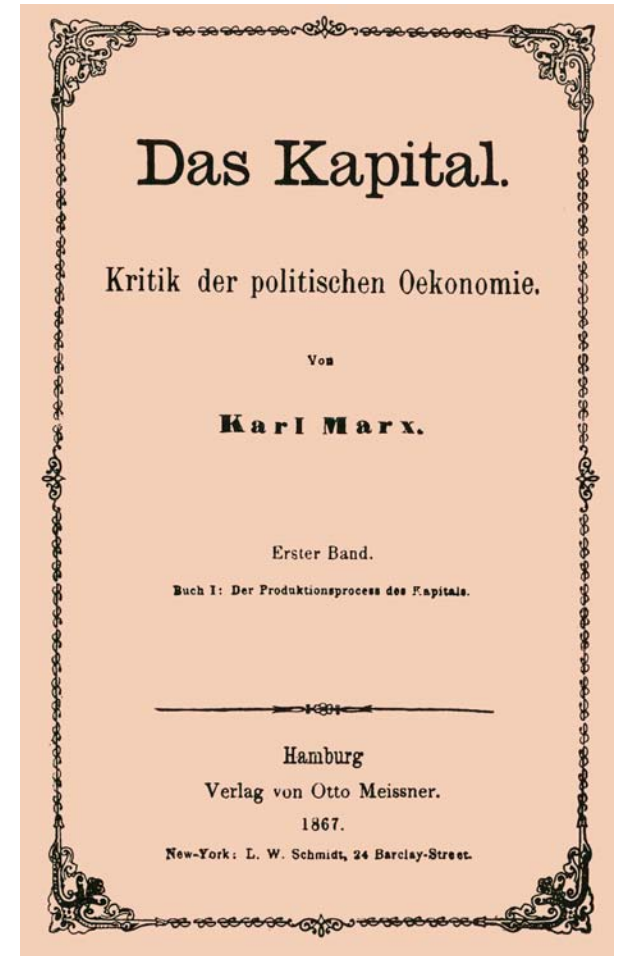
El valor de uso es la capacidad de un objeto para satisfacer necesidades humanas. Solo toma cuerpo cuando el objeto presta utilidad en el momento del consumo. Marx afirma que el valor de uso de un objeto es la materialidad del mismo. El valor de cambio es una medida cuantitativa determinada por el tiempo de trabajo socialmente necesario para producirlas. Para Marx el valor de cambio es tan solo la “forma fenomenal” bajo la cual se oculta el valor mismo. Para Rodri-

guez los tributos o “arbitrios deben tomarse sobre el empleo de las fuerzas, no sobre el valor de las cosas, porque las cosas no valen sino por las fuerzas que se emplean en ellas, para hacerlas producir”.

La división social del trabajo

La insistencia de Marx y Engels en la necesidad de que el trabajo intelectual (educación) y el trabajo material (productividad) no estén divorciados se sustenta dentro de la crítica general que ambos hacen a la división del trabajo, porque esta se convierte en verdadera división desde el momento en que se separa el trabajo mental y material y el fruto de la división del trabajo es la persona unilateral, que solo sirve mientras se le mantiene enclaustrado en la parcela donde labora.

En Extracto sucinto de la obra *Educación Republicana* (1849), Rodríguez escribe que “la división de trabajos, en la confección de las obras, embrutece a los obreros, y si por tener tijeras superfinas y baratas hemos de reducir al estado de máquinas a los que las hacen, más valdría cor-

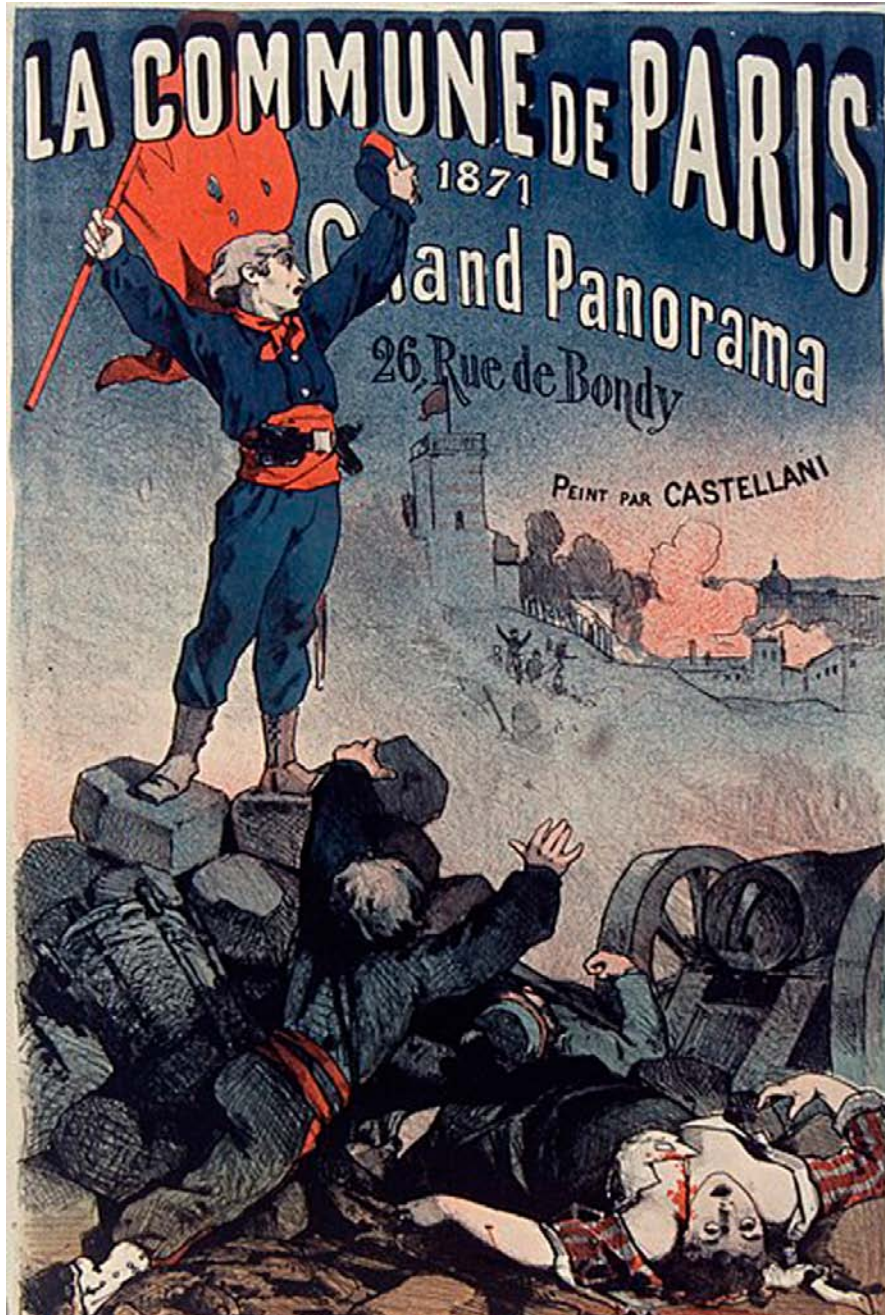


tarnos las uñas con los dientes”. En *Consejos de Amigo dados al Colegio de Latacunga* (1845) expresa que “ni fuerzas ni tiempo alcanzan, al pobre obrero, para ganarse el pan”.

Los medios de producción

En la causa social de Rodríguez y en el socialismo de Marx los medios de producción no pueden pertenecer a los capitalistas (empresarios) sino a la clase proletaria, porque es esta la que posee la fuerza de trabajo capaz de hacer que tales medios produzcan bienes y servicios. Para ellos hay que cercenar la explotación del hombre por el hombre, de manera que el excedente de la producción retorne íntegramente a los trabajadores.

Para Marx el obrero es solo un medio que utilizan los capitalistas para reproducirse como clase. Para Simón Rodríguez el capitalismo es una enfermedad producida por “una sed insaciable de riqueza”. En 1842, en



Sociedades americanas, expone que los amos de las grandes empresas de producción cuentan con hábiles abogados que refrendan el robo de la plusvalía obrera porque “el deseo de enriquecerse ha hecho todos los medios legítimos y todos los procedimientos legales; no hay cálculo ni término en la Industria, el egoísmo es el espíritu de los negocios”.

Para Rodríguez estos propietarios se distinguen “por conocimientos ajenos del arte de vivir, conocimientos

que en nada contribuyen al bienestar social. Todo lo que saben rueda sobre la Administración, o sobre el curso de negocios establecidos, y estos negocios son, en suma, el aumento de comodidad de las clases ya acomodadas”.

Las grandes empresas deben ser nacionalizadas ya que “sólo al gobierno toca dirigir los establecimientos industriales porque sólo él debe considerar las conveniencias económicas, civiles, morales y políticas

de la Industria, y la condición de los territorios productores”. De allí que “saber sus obligaciones sociales es el primer deber de un Republicano, y la primera de sus obligaciones es vivir de una industria que no le perjudique, ni perjudique a otro”.

Marx distingue dos sentidos de medios de producción. En uno, estricto, están las máquinas o accesorios con los cuales se trabaja, y en un sentido amplio las condiciones materiales que intervienen indirecta aunque indispensablemente en el proceso de transformación, como, por ejemplo, el suelo, los canales y las rutas marítimas y terrestres.

Rodríguez y Marx son obreros del pensamiento que hicieron de la compasión base de la causa social y el socialismo. Para Rodríguez “es menester ser muy sensible para convertir el mal ajeno en propio”. Rodríguez veía en los niños pobres la futura dirigencia y la clase obrera emancipada. Por esto criticaba severamente que “entre patriotas no hay uno que ponga los ojos en los niños pobres. No obstante, en estos está la industria que piden, la riqueza que desean, la milicia que necesitan, en una palabra, la ¡Patria!”.

Socialismo y causa social

El socialismo científico es la doctrina de Marx y Engels que señala que el socialismo es un estadio entre el capitalismo y el comunismo. Para ellos se “sustituye la propiedad privada de los medios de producción por la propiedad colectiva, instaura la dictadura del proletariado para poder realizar esta tarea y lanza las bases para una sociedad superior basada en la abundancia, la igualdad social y el pleno desarrollo del individuo”.

Rodríguez habla de la Causa Social. “Nada importa tanto como el tener Pueblo: formarlo debe ser la única ocupación de los que se apersonan por la causa social”, dice en 1828. Simón Rodríguez hizo de la educación popular una herramienta eficaz para el vínculo entre saber y trabajo como concepción liberadora.

Saber cosas útiles y hacer del pue-



blo un propietario. Para ello propone un proyecto de ley en el que expone que “sólo al gobierno toca dirigir los establecimientos Industriales que se hagan en el territorio porque solo él debe considerar las conveniencias económicas, civiles, morales y políticas de la Industria, y la condición de los territorios productores”.

Rodríguez también nos exhorta: “Venzan la repugnancia a asociarse para emprender y el temor de aconsejarse para proceder. Formen sociedades económicas que establezcan Escuelas de agricultura y maestranzas que designen el número de aprendices y hagan reglamentos, para que los maestros no hagan de sus discípulos sirvientes domésticos y para que no consientan que el comercio asalarie por su cuenta a los obreros para reducirlos a la condición de esclavos”.

En una carta que le escribe a Anselmo Pineda (1847) se sintetiza su acción revolucionaria: “Ni los discípulos sabían aprender, ni los obreros traba-

jar. Estos, con la herramienta de San José, y yo, supliendo con algunos instrumentos que conservo, por curiosidad, hemos hecho, no una obra, sino un milagro”.

Toparquías y comunas

Karl Marx y Friedrich Engels divulgan los resultados alcanzados por la comuna de París en *La Guerra Civil en Francia* (1871). Para ellos se trata del arquetipo para un gobierno revolucionario futuro. En el marxismo la comuna es una forma de organización política que surge como la contraparte proletaria a las formas de gobierno de la “burguesía”.

En este libro ambos teóricos explican el propósito y la función de la comuna durante la “dictadura del proletariado”: “La Comuna estaba formada por los consejeros municipales elegidos por sufragio universal en los diversos distritos de la ciudad.

Eran responsables y revocables en todo momento. La mayoría de sus miembros eran, naturalmente, obre-

ros o representantes reconocidos de la clase obrera. La Comuna no había de ser un organismo parlamentario, sino una corporación de trabajo, ejecutiva y legislativa al mismo tiempo”.

Rodríguez tiene un conocimiento exhaustivo de su historia. Sabe que en 1552 el Reino de Buría fue uno de los primeros cumbes del mundo y que en 1781 se gestó la primera revolución comunal en los andes venezolanos y neogranadinos.

No utiliza el término comuna, sino los de toparquía y de colonia, vinculándolos con la topofilia, inaugurando así la geografía humanística y cultural con sentido político: “La verdadera utilidad de la creación es hacer que los habitantes se interesen en la prosperidad de su suelo; así se destruyen los privilegios provinciales”, dice en 1847, y agrega, “Ojalá cada parroquia se erigiera en Toparquía; entonces habría confederación, ¡el Gobierno más perfecto de cuantos pueda imaginar la mejor política!, es el modo de dar por el pie al despotismo”.

La toparquía es el poder de la gente de cada lugar que se plantea resolver necesidades concretas a partir de las potencialidades de cada espacio preciso”. Para Rodríguez “la mayor fatalidad del hombre en el estado social es no tener con sus semejantes un común sentir de lo que conviene a todos”.

Recorrer el espacio inmenso

Rodríguez y Marx son los dos intelectuales más importantes del siglo XIX. Sus vidas coincidieron entre 1818 y 1854, es decir, 36 años. Sus legados son faro para la humanidad. “Entre la Independencia y la Libertad hay un espacio inmenso que sólo con arte se puede recorrer”, dice Rodríguez en 1830 en la Defensa de Bolívar.

“Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo”, proclaman Marx y Engels en 1848, en el *Manifiesto Comunista*. La obra del caraqueño y del rodrigueano Marx sigue recorriendo en las conciencias de los campesinos, creadores y proletarios del mundo el espacio inmenso que nos separa del Estado Comunal.

Simón Rodríguez: robusta raíz de la Revolución Bolivariana



Tito Salas, Tríptico, circa 1911. Colección Palacio Federal Legislativo



■ Elisabeth Leal

La figura de Simón Rodríguez (1769-1854) se inscribe en un momento histórico de especial significación para la patria americana, marcado por el proceso emancipatorio del siglo XIX y el surgimiento y subsiguiente desarrollo de la nueva cultura republicana. Forma parte de la pléyade de intelectuales venezolanos forjadores de una tradición educativa de excelencia que conducen el desarrollo del pensamiento político como marco de la formación moral del republicano de la época.

Era el período formativo del pensamiento político hispanoamericano, y él, aunque poco tomado en cuenta por una mayoría temerosa de su postura descolonial, fue de los primeros en advertir que el liberalismo heredado era completamente extraño a los valores de la masa de preteridos que constituían la patria en rebelión.

También advirtió que ese mundo era ajeno al universo ciudadano que invocaba Europa, de allí su llamado: “¡Ideas! ¡Ideas! Primero que Letras. La sabiduría de la Europa y la prospe-

ridad de los Estados Unidos son dos enemigos de la Libertad de pensar en América. Enseñen, enseñen: repítaseles mil veces... Enseñen”.

Planteó la revolución económica

En esa línea de pensamiento declara: “Si los americanos quieren que la revolución política... les traiga verdaderos bienes, hagan una revolución económica y empiécenla por los campos... Venzan la repugnancia a asociarse para emprender y el temor de aconsejarse para proceder... Formen sociedades económicas que establezcan escuelas de agricultura... que designen el número de aprendices y hagan reglamentos, para que los maestros no hagan de sus discípulos sirvientes domésticos...”.

En 1834 Simón Rodríguez escribió que la tarea prioritaria para el hombre debe ser el conocimiento sobre sus semejantes y la sociedad en la que se desenvuelve: “Si queremos hacer república, debemos emplear medios tan nuevos como es nueva la idea de velar por el bien de todos (...) sin excepción, para que... cuiden de sí mismos después, y cuiden de su Gobierno”.

Este pensamiento enriquece la concepción del hombre como ser social, y en consecuencia, la necesaria formación del ciudadano, en función de desarrollar la capacidad de discernimiento para resolver la contradicción entre el ser y el deber ser, tanto en lo individual como lo colectivo.

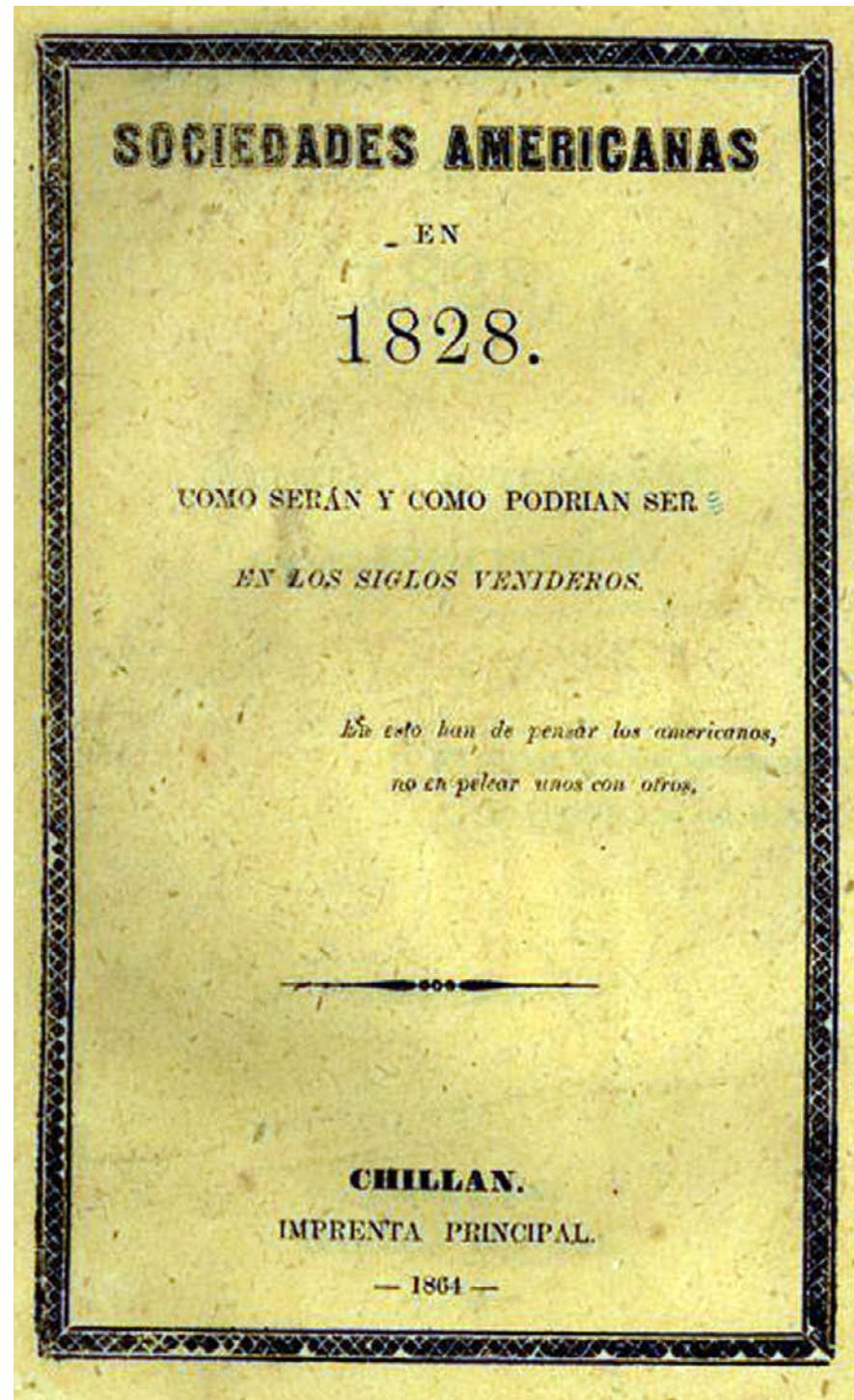
Promovió una escuela para todos

En el tiempo de la educación elitista, Rodríguez propone la educación popular, una escuela para todos, la escuela única; todos son ciudadanos sin ningún tipo de exclusión: “...así como no se tiene a un hombre muerto de hambre, porque es de poco comer, no se ha de condenar a un hombre a la ignorancia, porque es de pocos alcances”.

Estas palabras testimonian su identificación con los humildes, su radicalismo y el sentimiento humanista que acompañaría su esencia de pedagogo.

De igual manera, podemos reconocer el fundamento ideológico de su pensamiento como filósofo de la Pedagogía:

“...Asuma el gobierno las funcio-



nes de padre común en la Educación – generalice la Instrucción, y el Arte Social progresará, como progresan las artes que se cultivan con esmero...En favor de la Instrucción general no hay raciocinio accesorio, ni argumento que no sea concluyente. Instrucción social, para hacer una nación prudente; Corporal, para hacerla

fuerte; Técnica, para hacerla experta; y Científica para hacerla pensadora”.

“En las Repúblicas –afirma– la Escuela debe ser política también; pero sin pretextos ni disfraces. En la sana política no entran mañas, tretas ni ardid. La política de las Repúblicas, en punto a instrucción, es formar hombres para la sociedad”.

Defendió la conciencia social

Señalaba que la condición para que haya armonía social es la existencia de principios que reglen la conciencia pública. En sociedad, cada individuo debe considerarse como un sentimiento. De la combinación de los sentimientos se forma la conciencia, y de la conformidad de conciencias resulta la unidad de acción, es decir, la conciencia social.

“Sociedad Republicana es la que se compone de hombres íntimamente unidos por un común sentir de lo que conviene a todos —viendo cada uno en lo que hace por conveniencia propia, una parte de la conveniencia general”. En un intento por parafrasear al Maestro, se podría afirmar que en asuntos de educación la política es, y debe ser, formar hombres para la sociedad; en ese sentido vale la cita anterior por cuanto ella sintetiza su punto de vista sobre el desarrollo moral de las naciones. En este proceso las sociedades se elevan hacia un nivel superior de comprensión del mundo, propiciando en los ciudadanos la autorregulación de su comportamiento social. Para Rodríguez, pensamiento, sentimiento y actuación transcurren en una compleja relación en la cual el sentido proyectivo de los dos primeros se confirma a través de la acción que, a su vez, genera una nueva proyección. Es la formación como síntesis de lo cognitivo y lo afectivo.

Postuló la pedagogía del ejemplo

Rodríguez es un idealista en el terreno de la pedagogía, de allí sus incomprendidos ensayos y los no pocos tropiezos que tuvo por ella a lo largo de su vida. En consecuencia, no es un maestro a secas, sino que, adicionalmente, maduró ese pensamiento en el más adelantado de sus alumnos. Y como su alumno, murió delirando en la más horrenda pobreza. Pero sus palabras constituyen guía para los patriotas venezolanos.

Su pensamiento podríamos resumirlo en cuatro puntos cardinales: pensar en el bien común, es decir, en la República; una educación social, para ello propone un nuevo plan de enseñanza;



enseñar de palabra y obra: para Rodríguez es imprescindible la pedagogía del ejemplo; la primera escuela como fundamento del saber, ya que este período es “el terreno en que el árbol social echa sus raíces”.

Ser rodrigueano, en estos momentos conflictivos que vive la patria, es un imperativo; la conducta moral es de suprema importancia. En palabras del presidente Chávez: “Hay que formar a la gente con una espada moral, con la fortaleza de hacer (...) con valores supremos. La República necesita, para tener fortaleza y sobre todo para permanecer en el tiempo, como decía Bolívar: Moral y luces (...) talen-

to y probidad. Debemos marchar hacia nuestra grandeza como Nación, a pasos agigantados en la educación. Es la educación para la liberación...”.

Miró más allá de su tiempo

Compenetrado con las más modernas corrientes del pensamiento universal, Rodríguez conjuga el intelectual que mira más allá de su tiempo histórico, y el maestro de la juventud emergente que desea edificar de las cenizas de la Colonia las nuevas naciones. Es también un conspirador contra el orden colonial que entiende el papel de la ciencia y el conocimiento útil.

Nuestro proyecto, que está fundamentado en la ética cívica, implica la asunción de principios tales como la enseñanza a través del ejemplo; el reconocimiento del otro como persona; significa asumir que la educación y el trabajo son procesos esenciales para alcanzar sus fines, tal como lo establece el artículo tercero de nuestra Constitución. En ese sentido, el conocimiento es un bien de todos, para esta y las futuras generaciones. Razón más que suficiente para que todos, sin discriminación ni subordinación de ninguna clase, puedan acceder a él, tal como clamaba el maestro.



La episteme cimarrona de Simón Rodríguez

■ **Thaís Marrero**

LA EPISTEME CIMARRONA es una puesta en marcha del proceso de reconquista de nuestra Independencia nacional y de integración latinoamericana y caribeña. Es necesaria la energía de las fuentes de nuestra memoria histórica y los símbolos del imaginario colectivo para generar formas comunes de conocimiento y de transformación teórica y política.

Por ello, necesariamente, tenemos que empinarnos sobre los hombros de Simón Rodríguez, quien hoy dejó de ser la tribuna solitaria, con su América a cuestas, con su Educación Popular, con sus escuelas-taller, con su Proyecto Educativo Emancipador Socialista.

Ahora bien, no es posible aproximarse al pensamiento de Simón Rodríguez sin hacer el intento de iniciar el tránsito que nos lleve a descubrir algunas de sus huellas biográficas.

De no hacerlo estaríamos vaciándolo de su origen, su procedencia, su trayectoria de vida y de lo constitutivo de su dimensión humana. Dimensión inseparable de sus sueños, esperanzas, convicciones y anunciaciones intelectuales y políticas, que fundamentan su base epistémica, la cual exige ser reivindicada en la configuración de una ciencia nuestra.

Fue fruto del pecado

Fue entregado a la vida en una expul-



sión de vientre de parida clandestina, con la desgracia por dentro; abandonado en plena calle como penitente sin pecado concebido; como milagro y como vergüenza; sin linaje y sin estirpe, a pesar de que llegó cubierto con un traje y una manta que delataban su procedencia, su origen de gente blanca, de mantuanos, de estatus superior, de casta de privilegiados.

Simón anunció su llegada entre las tinieblas de la noche del 27 y los primeros rayos del alba del frío amanecer de aquel 28 de octubre de 1769, que se asomó con una temperatura de entre 15 y 17 grados Celsius. Desamparado y abiertamente segregado, el más indefenso de los indefensos fue traído por la fría brisa y la niebla que bajaba del imponente Waraira Repano.

Simón Narciso Jesús encarnó la transgresión porque fue fruto del pecado; nació en un tiempo y en un terruño con su entramado social inflexible, donde el abolengo, la limpieza

de sangre y el honor de los blancos mantuanos no perdonaban al nacido bastardo e ilegítimo.

Sin raíces, brotado de las entrañas de la tierra, niño de la calle, inocente evidencia de una deshonra, desde el fundamento de su mismo ser, desde lo íntimo de su primera condición de expósito, ya adulto, expresó que no quería parecerse a los árboles, "... que echan raíces en un lugar y no se mueven, sino al viento, al agua, al sol, a todo lo que marcha sin cesar".

Luchó por una nueva humanidad

Jamás tuvo espíritu de servidumbre; sus punzantes heridas afectivas no lo derrotaron porque en él bullía la dignidad personal y la de su América. Su sufrimiento lo expresó en amor, vida de esperanza y lucha revolucionaria al servicio del pueblo, de los históricamente excluidos.

Luchó por la igualdad de todos, por la justicia para todos, por la fraternidad entre todos; por una nueva humanidad en una nueva América, de

gente buena, justa y útil.

El Sócrates de Caracas y filósofo consumado, título que le adjudicó su dilecto y preclaro discípulo, el inmortal Simón Bolívar, dedicó su vida a combatir el caduco pensamiento, las viejas y conservadoras costumbres, la ignorancia, el conformismo y el orden establecido que lo marginó, apartó y expulsó por no serle útil; por no encajar ni seguir los dictados de la sociedad de su tiempo. Entregó su vida y su obra a las sociedades americanas a través de la educación popular, y por popular entiende general; instruir no es educar, ni la instrucción puede ser un equivalente de la educación, aunque instruyendo se eduque.

Nos desafió a ser autónomos

También nos desafió a pensar y actuar por nosotros mismos, para desarrollar plenamente nuestras capacidades y potencialidades hasta alcanzar la definitiva independencia:

"La Instrucción pública en el siglo XIX pide mucha filosofía. El interés



general está clamando por una REFORMA y... la América está llamada, por las circunstancias, a emprenderla. Atrevida paradoja pareciera... no importa: los acontecimientos irán probando que es una verdad muy obvia: La América no debe imitar servilmente, sino ser ORIGINAL”.

Afirmó que la base de los conocimientos era la práctica social, que es la vía fundamental para alcanzar nuestra verdadera emancipación y, precisó que “...entre los conocimientos que el hombre puede adquirir, hay uno que le es de estricta obligación... el de SUS SEMEJANTES: por consiguiente, que la SOCIEDAD debe ocupar el primer lugar, en el orden de sus atenciones, y por cierto tiempo ser el único sujeto de su estudio”.

Fue un convencido de que la batalla para lograr la definitiva independencia de nuestros pueblos, su fundación, debía darse en el terreno de la construcción y el cultivo del conocimiento y el saber político-social, para completar lo que se había obtenido por la fuerza de las armas:

“... Hasta fines del siglo pasado do-

minó la idea de la nobleza; en el presente domina la codicia; en el venidero dominará la del verdadero mérito, que es el saber. Entonces se pensará en la sociedad; entonces la conducta social valdrá lo que antes valían las ejecutorias y lo que ahora valen las talegas”.

Planteó educar a la gente común

Sus postulados sobre la Educación Popular no solo se circunscriben a los niños, sino que abarcan también a los adultos, lo cual puede ser confirmado en la siguiente sentencia:

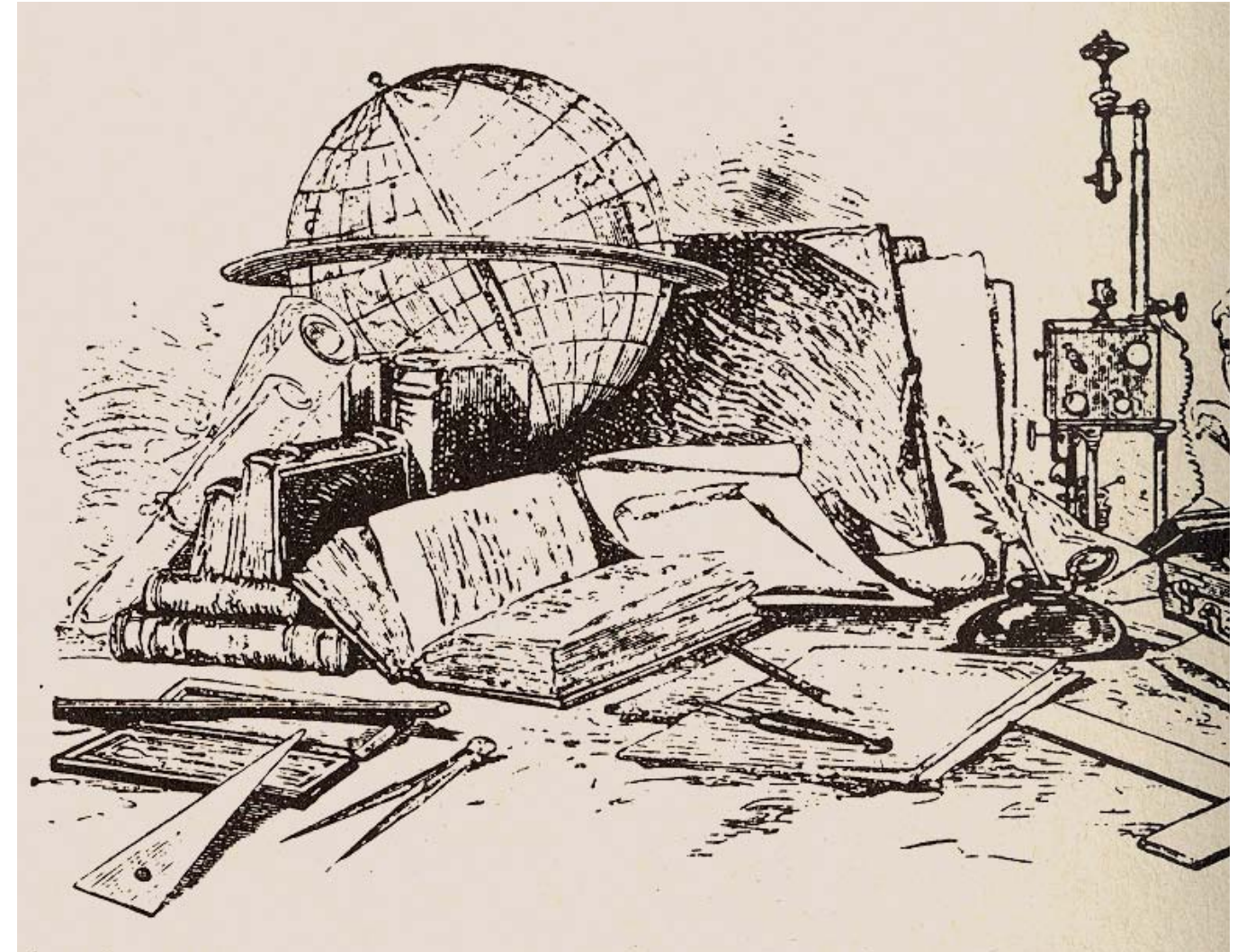
“Hay quien sea de parecer que los artesanos, los labradores y la gente común tienen bastante con saber firmar; y que aunque esto ignoren, no es defecto notable... los artesanos y labradores es una clase de hombres que debe ser atendida como lo son sus ocupaciones”.

Con la esperanza puesta en la dignificación de nuestros pueblos y en el Proyecto de Educación Popular Republicano, para cambiar sus terribles condiciones y eliminar el flagelo de la colonización, se adelantó, en siglos, a

todo el debate contemporáneo sobre el replanteamiento de las mismas bases de la educación, así como a las declaraciones de la Unesco sobre el derecho del hombre a aprender y a la declaración mundial sobre la educación para todos:

“De la JENTE NUEVA no se sacarían pongos para las cocinas, ni cholas para llevar la alfombra detrás de las Señoras – al entrar en las ciudades no se dejarían agarrar por el pescuezo (a falta de camisa) para ir por orden de los asistentes á limpiar las caballerizas de los oficiales, ni á barrer plazas, ni á matar perros aunque fuesen artesanos– los caballeros de las ciudades no encargarían indiecitos á los curas, y como no vendrían los arrieros no los venderán en el camino. lo demás lo saben los hacendados”.

Acerca de la concepción sobre el conocimiento científico; de su construcción y de las vías para generarlo, Simón Rodríguez asumió que se produce a partir de complejidades dialécticas cotidianas y particulares, entre lo concreto y lo abstracto, en-



tre el análisis y la síntesis. Por tanto, el conocimiento no proviene de las ideas innatas, abstractas, ni queda reducido a una contemplación reflexiva del sujeto cognoscente, sino de la totalidad concreta de la realidad humano-social.

Anticipó la filosofía de la praxis

Sin duda alguna, fue un adelanto de la concepción marxista de la filosofía de la praxis, del hombre ontocreador: “Los conocimientos se dividen en teóricos y en prácticos; y la teórica no es sino el conjunto de preceptos dados por una experiencia consumada; teórica sin práctica, es pura fantasía”.

Así como fue extraordinario su espíritu, también fue sorprendente su postura ante el mundo. Su mirada teórica trascendió la época que le tocó vivir, impregnada del pen-

samiento mecanicista de los siglos XVIII y XIX, que ha sido reeditado en la tecnociencia positivista actual y su implacable lógica.

Se alejó de los postulados del idealismo filosófico y así lo afirmó: “Por meterse a espirituales pierden muchos de vista la materia de que han sacado sus abstracciones”.

Contrario a la visión idealista, el pensamiento de Simón Rodríguez representa una reflexión asumida desde el materialismo dialéctico donde la filosofía y la ciencia constituyen una unidad totalizadora. La materia es el elemento fundante que origina al espíritu. El mundo de la materia es la realidad objetiva en movimiento, en el espacio y en el tiempo, y las cosas son las que nos dan nuestras ideas.

En consecuencia, las abstracciones que proceden del idealismo resultan absurdas, porque el conocimiento no

es una verdad eterna y mucho menos puede estar desvinculado de la realidad material objetiva. En el idealismo inmaterialista las cosas no existen sino en nuestro espíritu y éste es la única realidad; nuestras ideas son las que crean las cosas y éstas son el reflejo de nuestro pensamiento, lo cual significa, que estamos ante una explicación anticientífica del mundo al recurrir a la idea de Dios como el espíritu creador de la materia y del universo.

Su visión dialéctica puede ser apreciada en el siguiente enunciado:

“El Curso natural de las cosas es un torrente que arrastra con lo que encuentra y vuelca lo que se le opone. Esta fuerza es la que hace las revoluciones: los hombres que figuran en ellas son instrumentos de la necesidad. Son ACTORES, no AUTORES. Abramos la historia; y por lo que aún



no esté escrito, lea cada uno en su memoria”.

Desde la perspectiva dialéctica, reconoce que las revoluciones no son accidentes sino necesidades históricas, porque así como hay cambios en la naturaleza los hay en las sociedades y en su desarrollo histórico, en espiral, siempre en vías de transformación.

Ese pensamiento es portador de la concepción filosófica materialista para la interpretación de la realidad, concebida como el estudio de las cosas, que son contradictorias en sí mismas, porque cada cosa contiene a la vez la cosa misma y su contrario; en su movimiento coexisten fuerzas opuestas; en su contradicción, en su cambio, el devenir transformador viene cargado de la poderosa certidumbre de que nada queda donde está, nada permanece como es, porque no hay nada definitivo, absoluto ni sagrado.

Rodríguez fue el incomprendido de su tiempo por ser portavoz y combatiente de la lucha anticolonial,

antiimperialista. Su vida y sus conocimientos los consagró a favor de la liberación de su gente, de los más pobres; de la materialización de la igualdad social. Por eso combatieron sus ideas y sus anticipaciones: por ser un horizonte del nuevo conocimiento liberador.

Hay que enseñar a todos

El proceso transformador de la Venezuela Bolivariana debe escuchar y hacer suyas las palabras y la opción socioclasista del Maestro Inmenso:

“¿A QUIÉN ENSEÑAR? ¡A TODOS! LA INSTRUCCIÓN DEBE SER NACIONAL. RESPÓNDASE SI LOS POBRES NO TIENEN DERECHO A SABER; SI EL LABRADOR, EL ARTESANO, EL TENDERO HAN DE SER BESTIAS”.

Acusó y denunció la persecución en su contra, y no es casual que quisieran invisibilizar sus ideas, porque:

“No son del tiempo presente, aunque sean modernas, ni de moda aunque sean nuevas. Por querer enseñar

más de lo que todos comprenden, pocos me han entendido, muchos me han despreciado y algunos se han tomado el trabajo de perseguirme”.

De igual manera, fue injuriado y vilipendiado por la lealtad y consecuencia con sus irrenunciables principios republicanos. Al respecto, refiere:

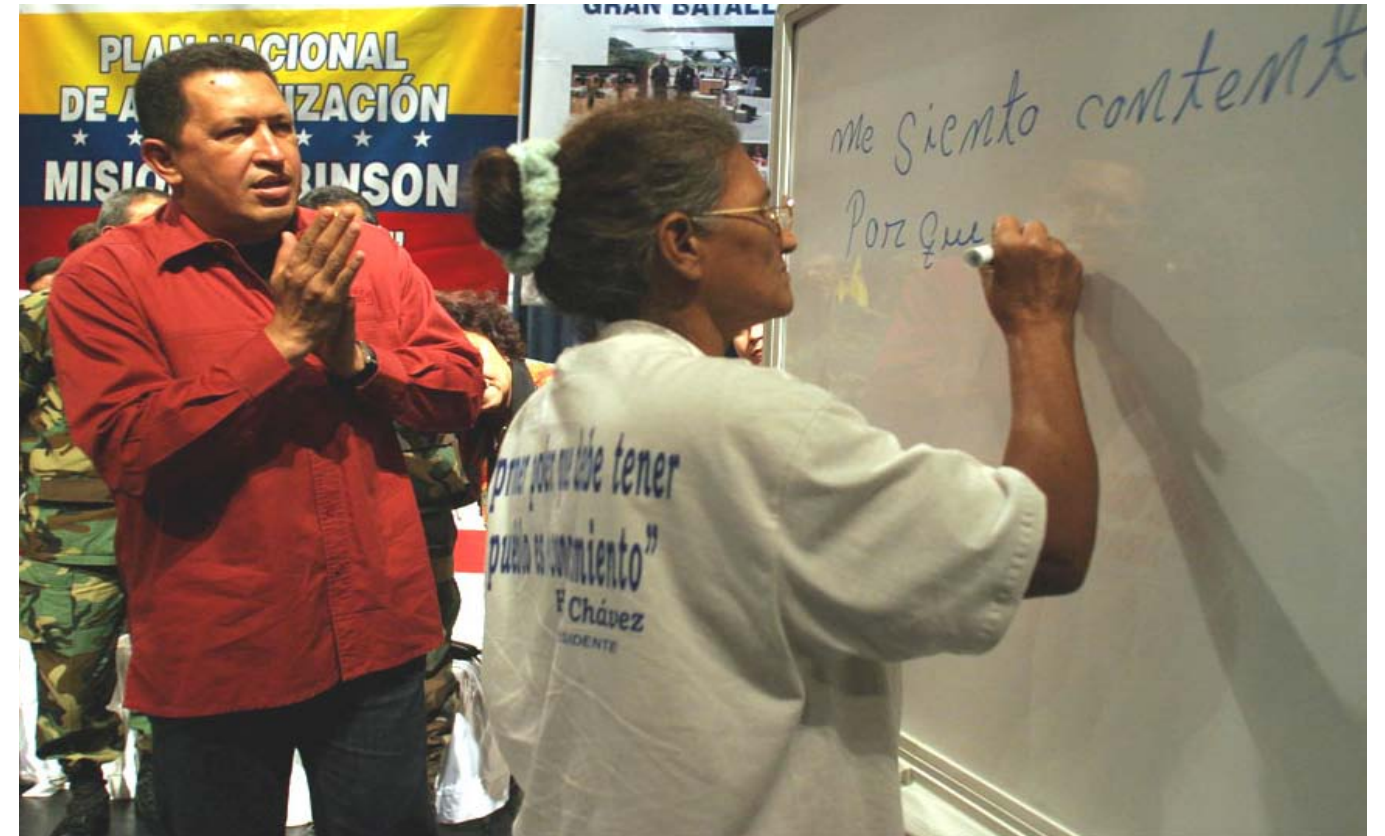
“Hace ya 24 años que estoy hablando y escribiendo pública y privadamente sobre el sistema Republicano y por todo fruto de mis buenos oficios he conseguido que me traten de LOCO”.

América fue su magna empresa

La magna empresa del Maestro fue la América original; de allí su famoso y más conocido planteamiento:

“La América española es Orijinal = ORIJINALES han de ser sus instituciones i su gobierno = I ORIJINALES sus medios de fundar uno i otro. O Inventamos O Erramos”.

Además de haber sido el maestro de Bolívar, Simón Rodríguez fue un pensador multifacético, de racionalidad abierta y expandida, que



incursionó en múltiples campos del conocimiento, con una visión transdisciplinaria que puede corroborarse en sus escritos, entendida como la superación de las fronteras entre disciplinas, recientemente adoptada en la década de los años 90 del pasado siglo XX.

En la Venezuela de hoy su voz ha de ser una antorcha para el Pueblo Bolivariano, Robinsoniano, soberano y antiimperialista, que tiene en los principios de la educación transformadora, en el trabajo productivo liberador y en la ciencia nuestra descolonizadora, la garantía de que más nunca será colonizado; porque todas y todos ejercemos, en igualdad de condiciones, el imprescriptible e inalienable derecho de vivir dignamente.

Fue un militante del altruismo

El maestro fue un militante del altruismo. Su desprendimiento total al servicio de los más desposeídos, que es la esencia del socialismo, lo demostró hasta la saciedad; por eso no regresó a su América para buscar

honorarios y mucho menos gozar de los privilegios que le otorgaba el preciado título de Maestro del Libertador.

En el siguiente fragmento está condensada la grandeza de este excepcional e irrepetible hombre:

“(…) en vida de Bolívar pude ser lo que hubiera querido, sin salir de la esfera de mis aptitudes. Lo único que le pedí fue que se me entregaran, de los Cholos más pobres, los más despreciados, para irme con ellos a los desiertos del Alto-Perú –con el loco intento de probar, que los hombres pueden vivir como Dios les manda que vivan–”.

Muchas de las obras y de la inmensa producción intelectual de Simón Rodríguez se han perdido. Pudieron ser arrastradas por las corrientes marinas, cuando la embarcación en la cual viajaba quedó a la deriva en su viaje de Guayaquil a Lambayeque (Perú). Otras, después de su muerte, fueron arrasadas por el voraz incendio que se desató en Quito en 1896; y otras, a pesar de estas trágicas circunstancias, posiblemente perma-

nezcan ocultas en algún cementerio de libros y manuscritos olvidados.

Por fortuna, un conjunto de sus invaluables escritos han sido rastreados, recuperados, preservados y compilados en dos volúmenes de unas mil páginas, que dan cuenta de su erigida fortaleza moral, de su voz de asceta, sin adornos, llena de sutilezas cáusticas; mordaz y de extraordinaria energía vital. Ni las peores circunstancias de su vida tuvieron la fuerza para quebrar su voluntad indomable, ni sus férreas convicciones de filósofo, político, educador, estadista, gran luchador social y su incondicional amor latinoamericano.

Recorrió el mundo con valentía

Es evidente que su solidez, su consistencia intelectual y su comprensión de la realidad provienen de su propio vivir, de su vida misma. Nuestro admirable Simón Rodríguez, bajo el seudónimo de Samuel Robinson, andó y desandó pasos, durante más de veinte años, por Francia, Inglaterra, Austria, Alemania, Italia,

Portugal, Polonia y Rusia con valentía epopéyica, con la adversidad y las incomprensiones a cuestas; con sus sueños rotos y los fracasos de los proyectos de las escuelas-taller.

También merece ser leída, de su viva voz, la razón que lo obligó a salir de Caracas, en 1797, por ser miembro del movimiento subversivo cuyo ideólogo fue el educador Juan Bautista Picornell y Gomilla, quien en 1795 encabezó una conspiración en su España natal para derrocar el régimen monárquico. Apresado, condenado a muerte, conmutada esa pena por prisión perpetua, fue trasladado a la cárcel del Puerto de La Guaira (Venezuela).

Picornell burló las medidas represivas del aislamiento y logró contactar con Manuel Gual y con José María España, revolucionarios venezolanos; y a través de ellos con otros criollos. El maestro Simón Rodríguez tomó parte activa en ese movimiento, lo que le valió ser perseguido.

Su suerte estaba echada; de allí su dolorosa decisión de cortar amarras y abrirse al mundo:

“(…) yo era presidente de una Junta secreta de conspiradores. Denunciados por un traidor y hechos blanco de las iras del Capitán General, logré sustraerme a las persecuciones y a la muerte, porque ya embarcado en el puerto La Guaira en un buque norteamericano, y antes de darnos a la vela, supe que muchos de mis compañeros habían sido pasados por las armas sin juicio previo y sin capilla (...)”.

En 1823, con 54 años de edad, escuchando el poderoso llamado telúrico, retorna a la Patria Grande Nuestramericana para comenzar un nuevo peregrinaje. Así lo proclama en carta dirigida a Bolívar: “mis últimos años, que han de ser ya pocos, los quiero emplear en servir a la causa de la libertad, para eso tengo escrito ya mucho, pero ha de ser con el apoyo de usted...”.

Volvió a su América y dejó su huella en Cartagena, Bogotá, Panamá, Ecuador, Bolivia, hasta el Perú; y, allí, en Amotape, exhaló su último aliento aquella noche del 28 de febrero de 1854. Murió como nació. Con aquel



“¡Ay mi alma! ¡Quise hacer de la tierra un paraíso para todos y la hice un infierno para mí!”. Así se fue ese hombre eminente, con su profunda soledad, su noble orgullo y su pobreza de solemnidad, su autenticidad, su grandeza y su dolor en lo más hondo.

Aquella noche, desde el inmenso horizonte, nuevamente escuchó aquellas palabras de Simón niño, Simón joven, Simón El Libertador,

quien con entrañable afecto y profundo agradecimiento le expresaba:

“(…) No puede Ud. figurarse cuán hondamente se han grabado en mi corazón las lecciones que Ud. me ha dado: no he podido jamás borrar siquiera una coma de las grandes sentencias que Ud. me ha regalado: siempre presentes a mis ojos intelectuales, las he seguido como guías infalibles (...)”.



Sembró proyectos por América

Simón Rodríguez nos dejó sus originales postulados filosóficos, políticos y científicos, así como los proyectos educativos en Caracas, Bogotá, Chuquisaca, Lima, Arequipa, Concepción, Valparaíso y Latacunga. Como políglota cosmopolita fue profesor de lenguas durante sus largos años vividos en Europa; también dominó el latín, además del quechua y el aymara, de los pueblos originarios de Perú y Bolivia, debido a los largos años vividos en esas tierras, una vez que regresó a América, desde 1824 hasta su muerte en 1854.

Los conocimientos de tipografía adquiridos en Baltimore, durante tres años de trabajo, los recreó en sus escritos, tal como nos lo hace saber el Filósofo Juan David García Bacca: “Juntó y realzó su pericia artesanal con sus dotes pedagógicas y estéticas.

Empleó los diversos tipos de letra para hacer resaltar —que es modo adecuado de énfasis en imprenta— ciertas palabras y frases según la importancia conceptual, lógica, sentimental dentro de la Página, que es el escenario propio de la imprenta. La Página, tales páginas, ascienden así

desde el nivel del impreso corrientemente a la originalidad de una partitura musical: notas de diversa duración, ocupando algunas compases enteros, en vacío o silencio de otras, a oír solas o acompañadas, con indicaciones de ritmo, énfasis. La Página, algunas páginas, cual constelaciones astronómicas. Con estrellas de primera, segunda magnitud y luminosidad.: soles, planetas, satélites. Aquí en la Página, los tipos de letras y su disposición presentan constelaciones de conceptos, su orden, su distribución de valores. La página: partitura – constelación”.

En este terruño que lo vio nacer no se admite ni un agravio más para este gigantesco hombre, que nos legó la Educación Social Republicana y su Escuela Popular.

Su pensamiento debe releerse en conexión con este presente cargado de profundos cambios, porque Simón Rodríguez no está allí para ser contemplado desde la distancia del siglo XIX, sino para hacerlo carne y savia de esta extraordinaria época revolucionaria.

Nosotros somos herederas y herederos de este hombre excepcional. Simón Rodríguez nos in-

vita a pensarnos y repensarnos en forma crítica; a interpelarnos permanentemente acerca del propósito y la naturaleza de nuestro compromiso con este tiempo de gestación de lo nuevo en todos los campos del saber. Nuestra acción se verá cada vez más comprometida en los campos de la vida cultural, de la ciencia, incluida la ética y los valores propios de nuestro ser venezolano, latinoamericano y caribeño.

Heredamos su episteme cimarrona

Allí están las comunidades populares, su Episteme Cimarrona y la huella de Simón Rodríguez, creando y recreando conocimientos y saberes para hacer posible el mundo del vivir viviendo. No se trata de perseguir el nirvana, y mucho menos una tierra idílica.

De lo que se trata es de que, desde las trincheras de las ideas que exige el socialismo del siglo XXI, nos atrevamos a pensar por nosotros mismos, sin pedir prestado ni reproducir servilmente fórmulas. Debemos promover acciones de orden individual, grupal y colectivo para la formación de personas y colectivos cada día más libres, más dignos, más emancipados, en una sociedad justa e igualitaria.



Flora y Samuel: vidas paralelas

■ Iluska Salazar

“Me he llevado de Londres un sonido que la visión del infortunio hará vibrar siempre en mí, sonido que me recuerda al pobre proletario inglés oprimido, aplastado por el rico”.

Flora Tristán

En sus andares por Europa y América, llenos de sueños y nostalgias Flora (1803-1844) y Samuel (1769-1854) dibujan con sus plumas las miserias del capitalismo que crecía al compás de las máquinas de vapor, la explotación de la fuerza de trabajo de

las obreras y de los obreros, de las mujeres. Los nadies, los hijos de nadie, los ningunos, los ninguneados de nuestro Galeano.

Compartieron un pensamiento, una vida y una praxis militante, ambos inquietos; tuvieron a la Europa y a la América en sus análisis y en sus



acciones. Es posible comprenderlos como vidas paralelas, que el gran filósofo y biógrafo griego Plutarco enuncia como vidas comparadas, en las que se tocan tiempos a que la atinada crítica y la historia no alcanzan.

Samuel hace juego con Flora

Diría yo, cual Plutarco: Paréceme que Samuel hace juego con Flora por muchas notas de semejanza: por ser uno y otra de origen ilegítimo y oscuro, con fama de que eran hijos de dioses, el uno y la otra piensan en Nuestra América y en la Europa, concurre también en los dos la apuesta por los oprimidos de la tierra y la necesidad de construir una nueva sociedad. Ni uno ni otra evitaron el infortunio...

Desde esta mirada intercambiaron sentimientos, ideas, escritos. Eran autores y actores de una filosofía transformadora y no contemplativa, que posteriormente sería presentada como la necesaria opción por Engels y Marx en la Tesis XI sobre Feuerbach y otros escritos filosóficos: “Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo

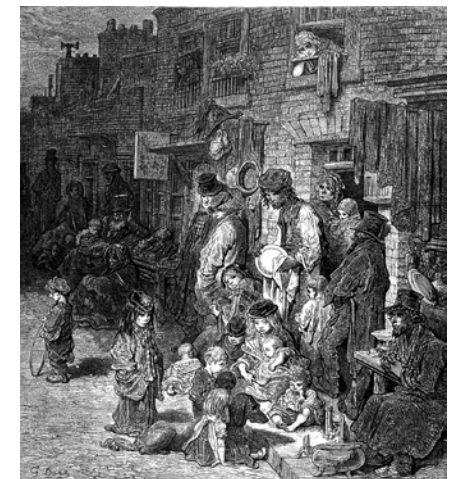
que se trata es de transformarlo”.

Flora y Samuel fueron amigos compuestos, que al decir de Samuel son quienes comparten dos o más cualidades; en su caso, lo Físico, porque eran inquietos, perseverantes, activos e infatigables; lo Mental, porque los movían las ideas de la transformación social, la lucha contra la explotación de los oprimidos y la importancia de la educación para el logro de la emancipación, y lo Moral, porque sus sentidos e ideas se movían hacia un mismo fin.

El otro Simón los conectó

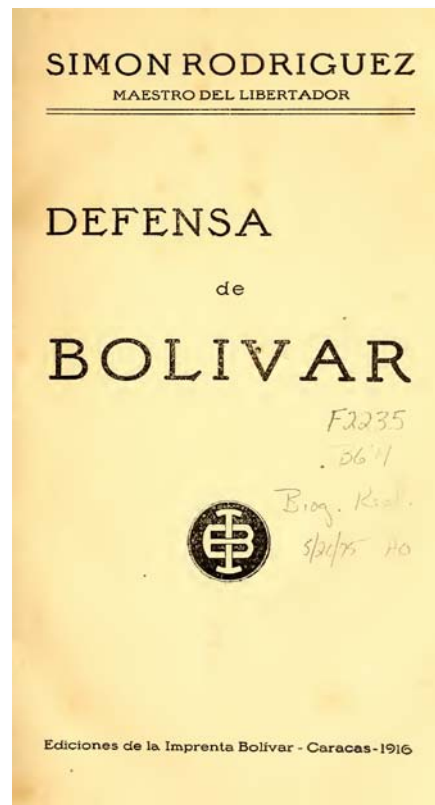
Flora, en sus recuerdos de niña, a través de su madre, se conectaría por vez primera con los dos Simones: Simón Rodríguez y Simón Bolívar. En carta escrita a Laisney de Tristán, en 1804, Simón Bolívar le recuerda que cuando se despidió de ella en Bilbao, durante el duelo por la muerte de su esposa María Teresa Rodríguez del Toro, iría a reunirse con Simón Rodríguez.

Esperaba de él su mayor comprensión, y le confiesa a ella que no la encontró, porque Rodríguez tenía toda



su atención absorbida por sus actividades en el laboratorio de ciencias. Cuando posteriormente cae abatido por la tristeza, su amigo le reconvino con dulzura que no se dejase morir. “Ud. sabe con qué persuasiva seducción habla este hombre...”, apunta Bolívar.

En sus escritos elevan sus denuncias contra el capitalismo y anuncian la conquista de otra sociedad, no capitalista. Diría Samuel, porque



la Europa y los Estados Unidos no son los modelos a seguir en Nuestra América, y llama a los americanos a seguir un camino original de justicia y equidad. Sobresale en sus ideas la propuesta del socialismo, pero no desde un punto de vista utópico. “No es sueño ni delirio... ni el lugar donde esto se haga será imaginario... su utopía será, en realidad, la América”.

Los dos critican la injusticia

Flora observa y describe de modo exhaustivo los lugares, lo que la gente dice, lo que la gente hace y sus costumbres; tiembla, se indigna y nos hace indignarnos por las injusticias que pesaban sobre los trabajadores, las mujeres, las niñas y los niños.

Con gran agudeza señala que en Inglaterra “no hay casi ningún objeto para el uso del hombre que no sea hecho por las máquinas en las grandes manufacturas, y el trabajo que ellas dejan hacer al obrero exige tan poca habilidad que el primer llegado es útil para cualquier cosa” Añade que cuando la competencia continental comienza a desarrollarse, se reducen los salarios y en este esta-



do de cosas el obrero se encuentra enteramente al arbitrio del capitalista fabricante. Este puede satisfacer por largo tiempo la demanda sin cambiar la ley del obrero.

Ya había advertido Samuel en 1828, que la causa verdadera, la causa de todos los males que afligen a la clase obrera es la miseria, porque por ella se ve condenada a pudrirse en la ignorancia; y a causa de la ignorancia, está condenada a perpetuidad a pudrirse en el embrutecimiento y la esclavitud.

Denuncian la alienación del obrero

Flora y Samuel se unen en el tiempo y en el espacio para denunciar la alienación del obrero generada por la embrutecedora división del trabajo, y, diría Samuel, si por tener tijeras superfinas y baratas hemos de reducir al estado de máquinas a los que las hacen, más valdría cortarnos las uñas con los dientes. Flora sentencia que los progresos tan inmensos en la fabricación han aniquilado la inteligencia para reducir al obrero a no ser sino un engranaje de máquinas.

Después de 23 años Samuel deja-

rá Europa y regresará a América. Se reunirá con Bolívar no para buscar su protección, sino para que hiciera valer sus ideas a favor de la causa. Flora viajará a Arequipa en 1834 para reencontrar su identidad y aliviar su penosa vida, aspiraciones frustradas pero traducidas en fuerza para alimentar su lucha por la emancipación de las mujeres, y de las obreras y obreros.

Ese este año se imprime en Concepción de Chile la introducción del *Tratado sobre las Luces y Virtudes Sociales*, que con otras secciones añadidas se reimprimiría en Valparaíso en 1840. *Sociedades Americanas y Luces y Virtudes* recoge el pensamiento político-educativo de Simón Rodríguez sobre la educación popular y la organización de las nuevas repúblicas.

En Arequipa y en Lima se entrecruzarán los pensamientos de Flora y Samuel, para quien cuenta más entender a un indio que comprender a Ovidio. Era la América el lugar expedito para conformar una nueva sociedad, señalando que la época posterior a la independencia sería el tiempo crítico de las revoluciones, y

que el carácter que tome la contienda por ejercer posiciones de poder será el acto político que le preceda. “¡Cuánto trastorno! ... ¡Cuánta sangre!... para conseguir tan poco!... y, ¡cuán lastimoso no sería el perder tantos sacrificios!”.

Desde América diría Samuel, en 1828, que la unidad de los oprimidos requería del conocimiento que cada uno tiene de sus verdaderos intereses, y para adquirir este conocimiento debería haber escuelas en las Repúblicas para todos, porque todos eran ciudadanos.

Planteron una educación universal

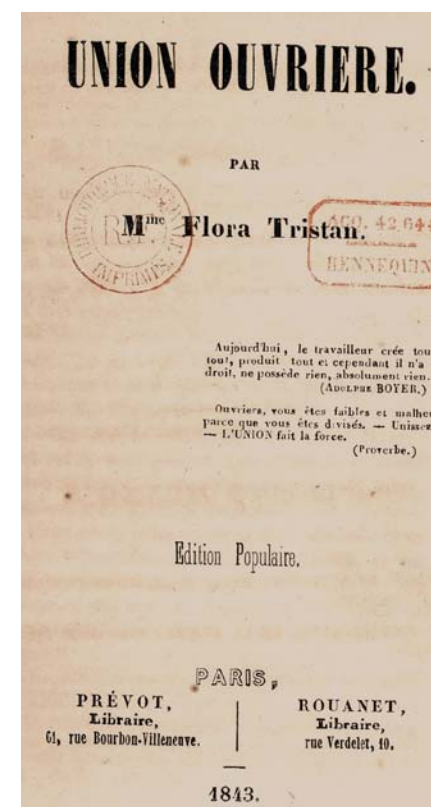
Samuel advierte que todavía no se ha escrito para educar a los pueblos que se erigieron en naciones. Aclara que en Europa hay escuela para todos, pero en ninguna parte se habla de educación social, la educación para la formación de republicanos.

Flora clama por la educación para las niñas y los niños. Propone construir varios edificios (palacios de la unión obrera), igualmente repartidos por toda Francia, para educar a los niños de ambos sexos, desde los seis

a los dieciocho años, y se acogería a los obreros lisiados o heridos y a los ancianos.

Al igual que Samuel, al no conseguir que le editaran *La Unión Obrera*, en 1843, lo hace por suscripción, recorriendo las calles de París y tocando las puertas de amigos y conocidos. Así ocurrió con *La Defensa de Bolívar* en 1828, documento que corrió manuscrito dado que las circunstancias no eran favorables en el Perú para publicar un artículo que comprometiera al autor con ese Gobierno.

Una década después, en *La Unión Obrera*, Flora realizará la propuesta de organización de la clase obrera bajo el llamado (mayúsculas suyas) “LA UNIÓN UNIVERSAL DE LOS OBREROS Y LAS OBRERAS”. Y declara que viene a proponer una unión general de los obreros y obreras sin distinción de oficios, una unión que tendría por objetivo CONSTITUIR LA CLASE OBRERA. Es importante aco-



tar que este libro fue publicado por primera vez en 1977. Llama la atención la invisibilización del pensamiento y acción de Samuel y Flora por más de un siglo. Será al calor de la Revolución Bolivariana, considerada además feminista, y a la luz del avance del socialismo en el mundo, donde ambos sean rescatados.

La propuesta de La Unión Obrera de Flora, que se sustenta sobre la necesidad de la unión de obreras y obreros para su constitución como clase y del carácter internacional de la revolución, se convertiría décadas más tarde en la génesis de la I Internacional de Trabajadores fundada en Londres en 1864. Esta asamblea agrupó a sindicalistas ingleses, anarquistas y socialistas franceses e italianos republicanos con el propósito de la instaurar la organización política del proletariado en Europa y el resto del mundo.

“Agrupémonos todos en la lucha final, el género humano es la Internacional”

Flora utiliza en su escritura resaltados, letras mayúsculas y repetición de frases para orientar a los lectores sobre los aspectos que considera de gran importancia en el texto escrito.

Su lenguaje invita a la acción y a la lucha para situar a la clase obrera en una posición social que la ponga en condiciones de reclamar su derecho al trabajo, su derecho a la instrucción, y su derecho a la representación frente al país.

Samuel utiliza corchetes, llaves y otros símbolos que nos recuerdan las tecnologías para las presentaciones de hoy. García Bacca dice al respecto que las páginas así escritas por Samuel ascienden en la originalidad de una partitura musical: “notas de diversa duración, ocupando algunos



compases enteros, en vacío o en silencio, o acompañadas de otras, con indicaciones de ritmo y énfasis”. Flora y Samuel se conectan íntimamente con los sentimientos y en cada lectura nos abren múltiples y nuevas interpretaciones. Es interesante acotar que Samuel Robinson trabajó de tipógrafo en Baltimore (1798-1801) y Flora trabajó como obrera en una litografía en París.

Ambos tienen como referente de sus escritos a los oprimidos, que en Nuestra América eran los indios, los negros y las mujeres, y en Europa los campesinos, las obreras, los obreros y las mujeres. Flora marcará un hito

en la lucha feminista al considerar a la mujer en vínculo necesario con la emancipación de la clase obrera: “La ley que esclaviza a las mujeres y las priva de instrucción les oprime a ustedes, hombres proletarios”.

Devela la lógica del capital, que reemplaza a los obreros de los talleres para sustituirlos por mujeres que producen más de prisa y a menores salarios, y a su vez reemplaza a las mujeres por niñas y niños vilmente explotados.

Flora enfatiza que la clase obrera tiene que unirse y asumir su propia lucha emancipadora. Advierte que la clase burguesa victoriosa, una vez que ha

sucedido a la clase de los nobles, aunque reconociera formalmente la igualdad de derechos para todos, en los hechos acaparó todos los beneficios y las ventajas de esta conquista.

Ahora a las obreras y obreros les corresponde constituirse como clase –partera de la nueva sociedad–, Y además, establece como necesaria la unidad obrera internacional como opción para la hegemonía y lograr la defensa de los derechos al trabajo y a la organización.

Para Flora la lucha sería pacífica y moral, inspirada en “el amor por la humanidad” y basada “en la educación, rescatando la generosidad y la

solidaridad con los humildes”. Samuel anota que “...el bien se obtiene por medios violentos, como el mal se hace por usurpación: todavía no se conoce otro soberano que la fuerza”.

Es de gran significación la distinción de las obreras y los obreros como los productores de riquezas.

El pensamiento y la acción de Flora y Samuel presentan similitudes en su línea de tiempo y espacio, y en lo sustantivo tienen una poderosa significación y resonancia hoy en Nuestra América. Ambos forman parte del legado del pensamiento socialista en el mundo, y muy especialmente en la Revolución Bolivariana.

Dos textos Rodríguez nos hablan de la Venezuela de hoy



■ Omar Hurtado Rayugsen

Nació en la apacible Caracas de 1769 y se desprendió de este plano desde Amotape en 1854. Quien fuera registrado como Simón Narciso de Jesús Carreño Rodríguez vivió, plenamente, diecisiete lustros; los que resultaron ser las más fructíferas para el devenir del llamado continente de la esperanza.

En efecto, vio la primera luz en la ciudad que se empinaba como la próxima capital de la proyectada Capitanía General y cerró sus ojos cuando las nacientes repúblicas, en medio de mezquinos conflictos internos, pugnaban por abrirse paso en un mundo que estaba

inaugurando nuevas fórmulas de relación entre los poderes, luego de haber implosionado las añejas monarquías.

En el ínterin el díscolo gracitano rechazó la inoperancia de las instituciones coloniales, particularmente las educativas, cotejó diversas realidades a ambos lados de la mar oceánica, oteó el nacimiento de un nuevo mundo político, experimentó la incompreensión de la recién inaugurada institucionalidad frente a sus innovadoras propuestas, sufrió —como si fuese en carne propia— la ruindad de los Estados neonatos contra el más ilustre de sus alumnos y, finalmente, rindió su solitaria vida en un lejano distrito playero del ex – virreinal Perú.

Dedicó su vida a la educación

De la rica producción bibliográfica de Simón Rodríguez; luego de haber sido semiolvidada durante más de cuarenta años en el puerto de Guayaquil y sufrir los efectos del incendio que destruyó gran parte de este, en 1896, que consumió la mayoría de sus hilvanaciones; se ha preservado una docena de sus obras. En ellas encontramos desde su primer escrito elevado a la consideración del ayuntamiento caraqueño, datado en 1793, hasta los consejos que, como amigo, se permite dar al Colegio de Latacunga, en el año de 1853. Ambas referidas a la materia que lo absorbiera mayormente durante su existencia: la educación. Como él mismo lo señaló



EL LIBERTADOR

del

Mediodía de América

y

SUS COMPAÑEROS DE ARMAS

defendidos por

UN AMIGO DE LA CAUSA SOCIAL

La causa del General Bolívar
es la de los Pueblos Americanos:
en ella se interesan los Jefes
de las nuevas Repúblicas

*Instruyamos al Pueblo
con nuestros debates.*

cuando se reencontró con América: “...vine... [a] emprender una educación popular, para dar ser a la República imaginaria...”. Pese a esa prevalencia en algunos de sus trabajos encontramos agudas observaciones referidas a problemas sísmicos, políticos e incluso a canalización y preservación de las aguas. Toda ella nos sirve para desmentir la conseja que pretende estigmatizarlo presentándolo como un improvisado excéntrico que se empeñó, por capricho, en subvertir el orden de las cosas.

Su obra más reconocida es *Sociedades americanas en 1828, como serán y como podrían ser en los siglos venideros*, impresa por vez primera en Arequipa el citado año, que con modificaciones y correcciones él logró verla publicada hasta dos veces más, y que ha sido conceptualizada como el sùmmum de su pensamiento pedagógico.

En estas líneas queremos evidenciar la vigencia y pertinencia de las ideas de nuestro Sócrates apoyán-

donos en dos de sus más controversiales escritos: *Reflexiones sobre los defectos que vician la escuela de primeras letras de Caracas y medio de lograr su reforma por un nuevo establecimiento* y *El Libertador del Mediodía de América y sus compañeros de armas, defendidos por un compañero de la causa social*, que aparecieron en Caracas en 1794 y en Arequipa en 1830, respectivamente.

Las *Reflexiones...* surgen de la aguda capacidad de observación de un joven, quien, recién entrado en la veintena de años, había sido admitido como Maestro en la Escuela de Primeras Letras, y que, en aproximadamente tres años, logró realizar un certero diagnóstico de la delicada situación por la que atravesaba la mencionada institución.

Esto le permite presentar “con lujo de razones las reformas que según su experiencia son necesarias”, de acuerdo a la autorizada opinión de quien las diera a conocer por vez primera, en tiempo reciente. El docu-

mento está integrado por dos partes; la primera. que se consagra a la crítica de lo que estaba vigente, consta de seis reparos; la segunda distribuye en tres capítulos su Proyecto de Reforma.

Del acucioso prontuario que logra hilar podemos resaltar el cuestionamiento a los falsos maestros, ejemplificándolos con la costumbre que convertía en ductores a los peluqueros y barberos; critica la forma como estos decían enseñar, a gritos, mientras desempeñaban sus habituales labores; cuestiona el crecido número de párvulos, que, por fuerza, tenían que atender; rechaza la improvisada manera en que los padres intervenían en lo que estimaban debía ser la instrucción que sus respectivos hijos tenían que recibir, conducta que los llevaba a rechazar las propuestas disciplinarias que estos merecían; juzga severamente la prevalencia que tenía la religión en la educación, señalando con su habitual ironía que se pensaba que “...el hábito... es símbolo de la



sabiduría”; censura la baja estimación que se guardaba hacia el maestro y la escuela, llegándose a creer –denuncia- que “son de poca utilidad,” al extremo de pensarse que las artes que en ella se enseñaban sólo eran para personas subalternas y los tratados que se utilizaban como -poco menos que- despreciables; rechazó que únicamente se buscara educar en las elevadas nociones a las clases pudientes, de manera que –dice- “... los pardos y los morenos... no tienen quien los instruya; a la escuela de niños blancos no pueden concurrir; la

pobreza los hace aplicar desde tiernos años al trabajo, y en él adquieren práctica, pero no técnica...”.

Como buen revolucionario no se queda en la sola crítica, sino que pasa al terreno de las proposiciones; siendo en este campo en el que se visualiza –mucho más aún- su condición de transformador. Recomienda que se aumente el número de escuelas para que se garantice la instrucción igualitaria de pardos y morenos; sugiere que se emplee a maestros auténticos y se prohíba absolutamente a “otras personas... mezclarse en las

escuelas”; propone que se provean los planteles de materiales y muebles adecuados, llegando al extremo de hacerlos fabricar y pagarlos de su propio y magro peculio; encomienda que se establezcan premios a la labor eficiente y se regule en seis horas la jornada laboral del maestro; reclama que se asignen honorarios dignos para los educadores, que estima en cinco veces superiores al que el mismo devengaba. En pocas palabras exige que se dignifique la educación primaria y se le tome en serio, con toda la importancia que tiene.

Los planteamientos hechos fueron desechados, mediante diversos procedimientos, por las autoridades. Se llegó a utilizar el subterfugio de aceptarle su renuncia al cargo, que con orgullo presentó, cargándolo de elogios y reconociéndole la dedicación y probidad demostrada en su desempeño. Luego el inquieto caraqueño aprovechó el tiempo para avanzar, más intensamente, en la educación del niño Simón José Antonio de la Santísima Trinidad; que había iniciado hacía unos dos años y en la que, equivocadamente a nuestro juicio, se ha querido ver una experimentación a lo rusoniano, cuando nada en ella nos conduce –realmente- a verificar tal premisa; igualmente se involucró en la conspiración que, desde La Guaira, adelantaban Gual, España y Picornell. Fracasada ésta por una delación, tiene que salvarse poniendo mar de por medio, con lo que dio lugar a un peregrinaje que lo condujo por algunas Antillas, las otrora trece colonias unidas del norte y Europa. Aquí será testigo del auge y la caída del Gran Corso, parte de cuyos acontecimientos presenció acompañado de su dilecto discípulo; posteriormente recorrió añejos reinos, llegando hasta el lejano territorio de los zares, siempre actuando críticamente desde el otero de la educación. Tal experiencia le permitió comprender que las transformaciones económicas y sociales que el viejo orden no impulsaría dentro de la complejidad del momento político que estaba viviendo, tendrían un campo propicio en las neo repúblicas que su hijo pedagógico estaba ayudando a nacer allende el Atlántico.

Fueron esas circunstancias las que lo convencieron que debía retornar, y así lo hizo, casi tres décadas después de haber iniciado su deambular. En estas tierras, pese al sostenido apoyo del Presidente de Colombia, encuentra seria resistencia para la implantación de sus tesis. No resultó grata su experiencia, ni siquiera con los más leales colaboradores del Libertador, pero eso no lo amargó ni lo condujo a cejar. Por eso dice: “En Bogotá hice algo y apenas me en-





y despreciable y arrastran la opinión de los que no le conocen... si los Directores de las nuevas repúblicas no imitan a Bolívar, LA CAUSA DE LA LIBERTAD ES PERDIDA”; expone que un paralelo entre Washington, Bonaparte y Bolívar... sería impertinente: Difícil tarea sería... la Europa, los Estados Unidos y el resto de América difieren tanto entre sí, cuanto se parecen los Héroes que han producido...”; no obstante defiende que “El General Bolívar ve las cosas en grande, como público... En la revolución de los Angloamericanos y en la de los franceses, los Gobernantes no tuvieron que pensar en crear pueblos, sino en dirigirlos. La América Española pedía dos revoluciones a un tiempo. La Pública y la Económica..”

De seguidas enfatiza que El General Bolívar las ha vencido. Algunos A NOMBRE DE LOS PUEBLOS le ha-

cen resistencia... Sedientos de venganza... o ciegos de ambición por empleos que quizá no pueden desempeñar... condenan sus principios, le adivinan malas intenciones,... Lo asaltan en su propia casa para asesinarlo, trastornan, alborotan... Sucumben y se dispersan, otros... intrigan sordamente y los más comprometidos salen a hacer, en países extraños el papel de ilustres desgraciados”; desmiente a quienes acusan a Bolívar de tener ¡AMBICIÓN, demostrando que esta es una condición necesaria para que la sociedad surja y prospere y que “Bolívar no se apropia la parte que tienen en su gloria, muchos de sus compañeros”, lo que lo hermana con la “... especie de hombres que reúne... mayor número de virtudes y hace más bienes. Yerra a veces.... pero ¿quién se expone a errar sino el que emprende?”; cues-

tiona las interpretaciones desviadas del liberalismo; define al Libertador “como perspicaz y sensible... de recto proceder”; califica a los congresistas de “animales revueltos”, que no lograrán que él deje de ser tal cual es, al extremo que, recuerda “dijo en una ocasión: Mi oficio de soldado es incompatible con el de Magistrado”; sostiene que Bolívar como “militar sensato, no pretende usar la fuerza para subyugar a sus compatriotas, sino para mantener el orden”; avanza diciendo que “Hace 25 años que Bolívar está sirviendo... ¿Servirán otros mejor? ¿Tendrán más o mejores aptitudes? ¿Será prudente deshacerse de hombres conocidos para buscar otros en la suerte de una elección?... ¡y de una elección, en que domina tan poco el amor del bien público! ; su exhortación de cierre la escribe así “¡MILITARES! Acordaos que un filóso-



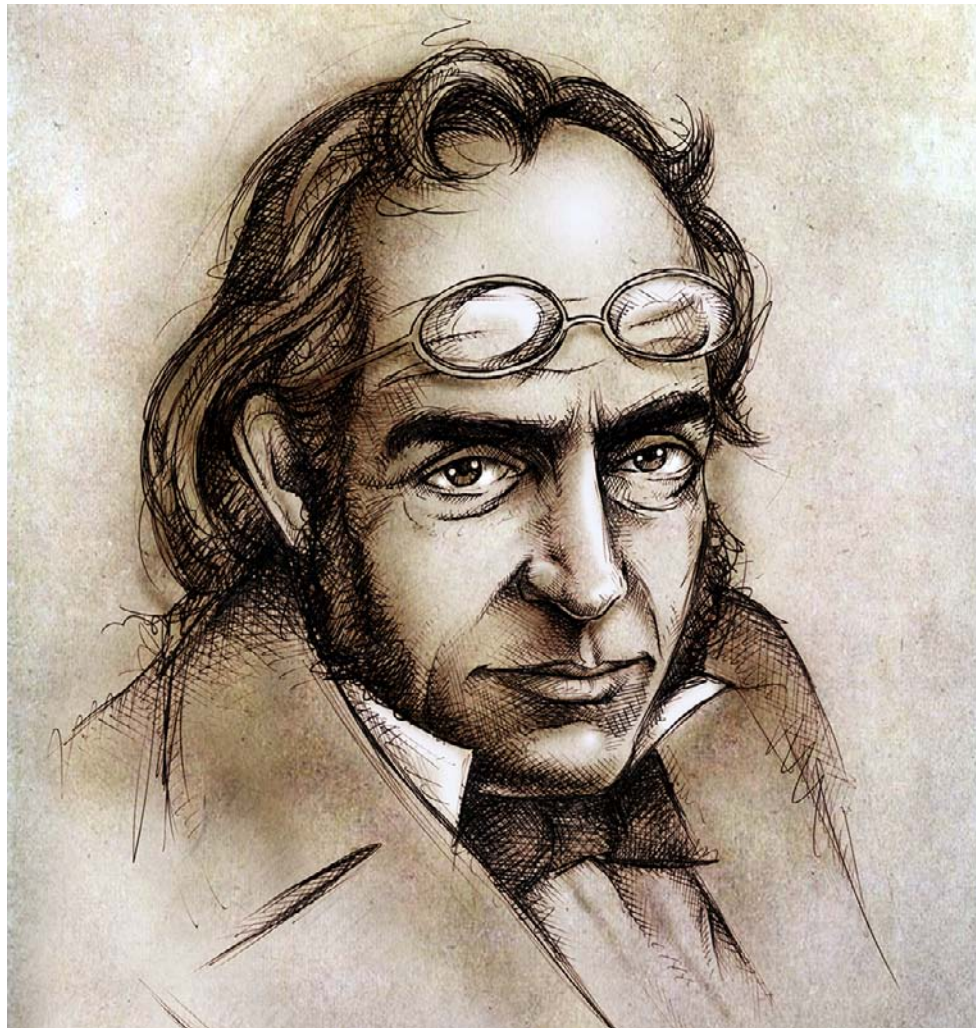
fo os llamó PERROS DE LA NACIÓN, por vuestra fidelidad, vigilancia, docilidad, valor y sobre todo por vuestra devoción al que os cuida... NO MORDER AL AMO... AUNQUE RABIEIS.; concluye definiéndose como “... un compatriota que siente no poder ser MILITAR”.

Para nosotros los dos trabajos de Don Simón Rodríguez, a casi ciento noventa años del más nuevo de ellos, nos permiten hacerles una lectura que nos demuestra su absoluta correspondencia con los tiempos que vivimos. Cualquiera que se interne en las “Reflexiones...” encontrará un pliego reivindicativo actual; al que solo hay que adaptarle los términos propios de su época a los que más responden a la dinámica de nuestra cotidianidad. Los reclamos que él hace, atinentes a salarios, dotación, inclusión y, en síntesis, a la justipreciación del noble oficio de educador,

guardan plena sintonía con los más sentidos reclamos del magisterio en nuestros días. Por lo que corresponde a “El Libertador...”, estimamos que nos vendría muy bien una detenida lectura de su contenido, para encontrar como el culto anti bolivariano, tan en boga actualmente, es una mera repetición cualitativa del que se puso en marcha durante la conclusión de la tercera década de la centuria decimonónica. En aquel entonces la oligarquía colombiana y sus adláteres locales, asumieron como tarea obligante destruir la obra de Simón Bolívar como la manera más eficiente de defender sus intereses de clase. Actualmente se usan en términos para atacar, a través de Bolívar al proceso revolucionario que nos diferencia y compromete raigalmente. Los epítetos que pusieron en boca de los incautos y desprevenidos, Rodríguez los llama “ignorantes e inertes”,

hoy diríamos tontos útiles; constituyen parte del arsenal ideológico de quienes, presentándose “A NOMBRE DE LOS PUEBLOS”, no buscan, bajo ningún respecto ayudarlo.

El momento actual es de definiciones, en consecuencia se impone que estudiemos la doctrina bolivariana, porque en ella reside el soporte fundamental de nuestra venezolanidad y la forma más efectiva de defender la soberanía de la patria grande. En esa búsqueda tenemos, obligatoriamente, que conocer el pensamiento de Simón Rodríguez, cuya hidalguía es tan refulgente que, al guardar para la posteridad la misiva en la que El Libertador le dice “Usted formó mi corazón para lo grande....”, escribió al dorso “No conservo esta carta por el honor que me hace, sino por el honor que hace a Bolívar... porque su orgullo era el amor a la justicia”.



Fue maestro de Simón Bolívar, que lo llamó el “Sócrates de Caracas”

Simón Rodríguez defendió la educación que forma para la libertad

■ T/ Néstor Rivero

EN 1823 BOLÍVAR calificó a su maestro Simón Rodríguez como el “Sócrates de Caracas”. De la abundante obra del educador nacido en Caracas en 1769, la posteridad conoció cinco títulos.

Redactó el primero a los veintidós años, en la Caracas colonial, y lo tituló *El Estado actual de la Escuela Demostrado en Seis Reparos*. Allí critica la discriminación en la enseñanza entre niños blancos, pardos y morenos.

“Si atendiendo a la necesidad que... hay de escuelas, en que se instruyan niños pardos y morenos, se viene en proceder a su establecimiento, desde luego será muy justo que se rija y goberne por el mismo director y en los mismos términos”.

Sus otras cuatro obras son *Sociedades Americanas*, *Educación Republicana*, *Consejo de amigo al Colegio de Latacunga*, *Luces y Virtudes sociales*, *El Libertador del Mediodía de América Defendido por un Amigo de la Causa Social*, y la serie de artículos

publicados en Chile bajo el título *Extracto de la Defensa de Bolívar*.

Rodríguez, que usó el seudónimo de Samuel Robinson, escribió para la Patria Grande desde la parcela pequeña de varias patrias chicas. Escribió para su tiempo y escribió para el tiempo presente, que aún reclama las reformas profundas que deben reconocer la sociedad y el Estado como reivindicaciones históricas para la verificación del programa republicano de Nuestra América inconclusa.



Fue un escritor y viajero infatigable

Simón Rodríguez fue un gran reformador social que recorrió los caminos de su natal Venezuela, Nueva Granada, Ecuador, Bolivia, Chile y el Perú, además del territorio norteamericano y varios países de Europa. Al paso de las décadas han sido descubiertas varias de sus cartas bajo el polvo de bibliotecas y en archivos rescatados de algunos personajes de la época. En ellas trata asuntos de índole particular pero también se explora en materia de educación. Se

han publicado hasta hoy varias ediciones del epistolario robinsoniano, que muestran pistas sustantivas para comprender la misión de la maestra y el maestro de hoy.

Quería formar para lo grande

Con gallardo reconocimiento le honró el Libertador en una memorable epístola desde Pativilca, Perú: “Ud., formó mi corazón para la libertad, para lo grande, para lo hermoso”. Formar para la libertad significa dotar de razones a un espíritu que busca su punto



de apoyo para empinarse en el mundo. Formar para lo grande es templar ánimo y voluntad para disponerlos a sortear dificultades terribles en pos de magnas empresas, como la de llevar la Independencia con un pequeño ejército, inicialmente semidesnudo, a pueblos postrados. Así sucedió bajo la conducción de Bolívar tras el Paso de los Andes en Boyacá en 1819.

Formar para lo hermoso es mostrar al discípulo y al contertulio el paisaje de un propósito noble y edificante por el cual vale la pena poner en riesgo comodidades y bienes inmediatos, por cuanto la recompensa del final no es otra que la construcción de un mundo donde bienestar y goce de las recíprocas atenciones.

Planteó reformar las costumbres

Simón Rodríguez veía en la escuela y el maestro los “medios seguros de reformar las costumbres”. Llegó a esa conclusión al constatar que la sociedad está dominada por el prejuicio y el interés ganancioso particular que repelen la vocación social. La

República debe articular “economía social con educación popular”, escribe, e invita a su edificación en medio de las asechanzas al derecho de los pueblos a construir el futuro en paz.

Advierte que “si las revoluciones se hicieran amigablemente, los historiadores no tendrían que recordar desgracias”, y reivindica un apotegma del socialismo utópico: “Los hombres no están en el mundo sino para entreayudarse. Servirse del nombre de Dios para respaldar injusticias es blasfemia”.

El republicanismo robinsoniano posee una índole subversiva que se evidencia en su irreverencia ante los tótems y prejuicios del dogma y cautiverio derivados de la ignorancia y la insensata credulidad.

La sociedad robinsoniana se distingue por una educación liberadora. Se trata de una congregación que “se compone (...) de hombres íntimamente unidos por un común sentir de lo que conviene a todos”, remarcando el carácter social de la educación, como el medio directo para hacer realidad aquella república y aquel orden social de individuos que se entreayudan y se sirven repeliendo la opulencia de una parte y la miseria de la otra.

La escuela para la emancipación

Uno de los ejes del pensamiento social robinsoniano es abolir el divorcio entre el trabajo manual y el intelectual.



tual. Del mismo modo que Saint-Simon al criticar los privilegios de una minoría ociosa, Rodríguez postuló en sus Cartas Ginebrinas que “todos los hombres deben trabajar”.

El Sócrates de Caracas trazó para la escuela una ruta como instrumento de emancipación de la humanidad: “Toca a los Maestros hacer conocer a los niños el valor del trabajo (...) Hacerles entender (...) Que la división de trabajos en la confección de las obras embrutece a los obreros, y que si por tener tijeras superfluas y baratas hemos de reducir al estado de máquinas a los que las hacen, más valdría cortarse las uñas con las manos”.

Tal enunciado es una tajante proclama condenatoria contra la explotación del hombre por el hombre, y llega hasta el origen material de la

desigualdad en la moderna sociedad del capitalismo industrial.

Pensar para acertar

Para Simón Rodríguez el éxito de la primera escuela conlleva el feliz desenvolvimiento del individuo en los otros tramos de la existencia, postulando que serán los primeros pasos “que se enseñen en la escuela” los que indiquen el buen resultado de “todas las carreras”.

Se introduce Robinson en categorías del aprendizaje que un siglo más tarde serían tema de investigación del suizo Jean Piaget y el ruso Lew Vigotsky, al sostener la necesidad de un orden prelativo para la enseñanza. Tal orden debe ser, afirma: “Calcular-Pensar-Hablar-Escribir y Leer”. Pivote del ideario robinsoniano en educación es la ejercitación de la



crítica en el individuo desde sus primeros años.

“Enseñen a los niños a ser preguntones”, sostiene Rodríguez, pues cree que ese es el más eficaz antídoto contra la ignominia de la superstición, el prejuicio y el sutil artificio de las falsas apariencias. Amar la verdad es propósito cardinal de todo ser humano. Y “Pensar para acertar -son sus propias palabras-, es propiedad tan natural en el hombre como engañarse para errar”.

Concibe el Maestro del Libertador un educador que guíe el ritmo de aprendizaje del estudiante. Al modo en que lo perfila Juan Jacobo Rousseau en su obra Emilio o de la Educación, el maestro, según Robinson,

se desempeña como intermediario eficiente de la innata tendencia del ser humano a comprender el mundo que le rodea, y respecto al modo en que ha de desenvolverse el ciudadano ideal en la relación con sus semejantes y con la naturaleza.

Robinson refuta drásticamente el sistema memorístico de enseñanza, remarcando que “Enseñar es hacer comprender, es emplear el entendimiento, no hacer trabajar la memoria”. Esta conclusión parece generosa y audaz si se considera su contexto histórico, en medio de una América Latina donde imperaba el régimen feudal de la tierra y regímenes oscurantistas en la escuela.

¿Cómo dar vida a la república?

La apertura de cátedras robinsonianas para debatir sobre el pensamiento reformador de Simón Rodríguez –además de la creación de instituciones universitarias, misiones, escuelas, calles y plazas con su epónimo– constituiría un glorioso y merecido homenaje a su memoria. Simón Rodríguez dedicó su existencia a la gesta civil de formar dentro del aula de clases y el taller de manualidades, aquello que la espada y los cañones libertadores se propusieron en el terreno militar: dar vida a la República y al derecho de los hombres de entreayudarse en la construcción de la felicidad común.



Edward Mark, *La plaza Mayor de Bogotá en 1846*

Simón Rodríguez y la carta de la “toparquía”

■ J. A. Calzadilla Arreaza

SIMÓN RODRÍGUEZ fue un hombre de largas distancias, de lejanías geográficas y de remotas periferias. Algo le hacía repeler los centros, conglomerados sociales y políticos, donde, se supone, se concentra el poder o en todo caso “el Gobierno”, como dice él mismo. Tuvo muy clara la distinción (y el problema de su articulación) de una “política gubernamental” y una “política popular”, criterio que prefigura, a los ojos de hoy, una doctrina del Poder estatal y el Poder popular.

Su itinerario biográfico (el que se conoce con certeza, entre 1823 y 1854, luego de una misteriosa e indocumentada estancia de más de veinte años en Europa) nos muestra su vida como un prolongado viaje, apenas pausado por breves residencias no mayores de dos o tres años, donde abundan los lugares pequeños, lejanos, internados en los más insospechados recovecos del tejido topográfico suramericano.

Esa cautela y recelo hacia los grandes centros políticos y ciudadanos parece encerrar una seria desconfianza ante las grandes concentraciones del poder, cuyas reconstituciones

nacionales de la postindependencia Simón Rodríguez presencia y critica incansablemente. Él veía cristalizarse, luego de los sacrificios de la guerra, unas repúblicas menguadas, monarquías mitigadas, que darían risa a los monarcas europeos. Y eso lo hacía fugarse más de las grandes capitales donde creían regir los Congresos y los Gobiernos, manejados por restauradas oligarquías. “Los pueblos quieren vivir, escribió, sin Amos y sin Tutores, sin Reyes y sin Congresos”.

Y su búsqueda del pueblo nuevo que creía poder contribuir a crear, y que era también la busca de su propia subsistencia material, iba hacia adentro y hacia abajo, en todo caso hacia lo lejos de los centros geopolíticos.

Microscopia y escuela

Simón Rodríguez ama la microscopia, social, política, pedagógica. “El que no aprende política en la cocina, no la sabe en el gabinete”, escribió en la que él llamaba su “Defensa de Bolívar”, folletín publicado en Arequipa, Perú, en 1830. Esa microscopia, esa visión del tejido y desde el tejido, es más afín a su difícil temperamento y a una filosofía como la suya, cabalmente empirista y pragmática, que

considera abstracciones los “grandes principios” (“los principios están en las cosas”, dice), y que denuncia las mistificaciones culturales y sabihondas de las nuevas élites.

Para Robinson siempre fue infinitamente más útil, en la construcción republicana, un puñado de “maestranzas” o escuelas técnicas en los campos remotos que las más pontificias universidades en las grandes urbes. Estas forjaban vanidosos doctores de las clases altas; aquellas muneaban ciudadanos creando pueblo republicano. Lo que Rodríguez perseguía era la conformación de nuevos sujetos, un nuevo modelo de subjetivación donde imperaran nuevos “caracteres” y nuevas “costumbres”. La ética robinsoniana contempla ese doble objetivo del “carácter” como formación subjetiva (“crear voluntad”) y de las “costumbres” (la “autoridad basada en las costumbres” y no a la inversa) como formación de “instintos” sociales objetivos.

En muy contadas ocasiones se encontró Rodríguez, en su vida, en el meollo del poder, vale decir, con la posibilidad de materializar su proyecto de “Educación Popular”, o “Educación Republicana”, “Educación Social”, “Educación Mental”, como de



Pantaleón Mendoza, Anselmo Pineda, 1985. Colección Museo de Arte Moderno de Bogotá.

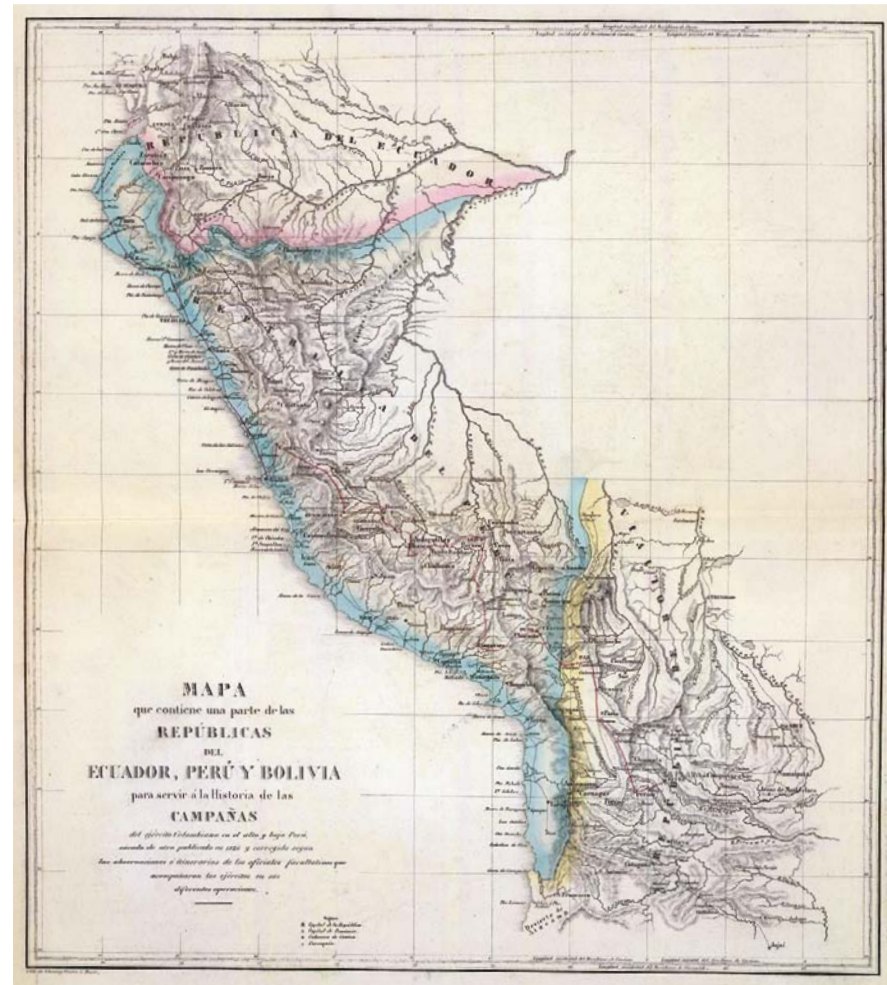
tantas maneras la llamó y la concibió.

Ya en Caracas, en 1794, como maestro de primeras letras con nombramiento del Cabildo, había tenido la presunción de presentar un proyecto que aspiraba a crear una red de escuelas en todas las parroquias de la ciudad, regidas por el gobierno, bajo los mismos reglamentos y programas, obligada para niños tanto blancos como pardos, anticipando en Venezuela el primer barrunto de un Estado docente con una educación primaria oficial, laica y universal.

En Santa Fe de Bogotá, en 1823, con escaso apoyo oficial, convirtió el antiguo hospicio en “Casa de industria pública”, donde “se da educación a los jóvenes y se les hace aprender un oficio mecánico, fuera de los primeros indispensables conocimientos para vivir en sociedad, como escribir, contar, la gramática de su lengua, etc.”, tal como refiere Miguel Peña en carta a Bolívar en marzo de 1824, pidiendo su apoyo personal para la labor del maestro.

Dos ensayos en América

En Chuquisaca, capital de la nueva república boliviana, entre 1826 y 1827, tuvo la oportunidad de iniciar la construcción de un sistema nacional de educación. Implicaba una red de escuelas, formación general y uniforme de maestros capacitados, mobiliario especial, medios de transporte y medios de producción propios que configuraban un verdadero proyecto



Agustín Codazzi, Mapa de las Repúblicas de Ecuador, Perú y Bolivia para servir a la historia de las campañas de independencia 1823, 1826, 1840.

económico-pedagógico sustentable. Las resistencias de los “defensores de las viejas costumbres”, y el mal entendimiento con el Presidente Mariscal Sucre echaron abajo el intento. “Dos ensayos llevo hechos en América, y nadie ha traslucido el espíritu de mi plan. En Bogotá hice algo y apenas me entendieron: en Chuquisaca hice más y me entendieron menos; al verme recoger niños pobres, unos piensan que mi intención es hacerme llevar al cielo por los huérfanos... y otros que conspiro a desmoralizarlos para que me acompañen al infierno”, escribió Rodríguez desde Oruro al mismo Bolívar en septiembre de 1827.

Inserto en su opúsculo “El Libertador del Mediodía de América y sus compañeros de armas, defendidos por un amigo de la causa social”, publicado en Arequipa en 1830, aunque redactado en 1828, encontramos un informe detallado y descriptivo de

SIMÓN RODRÍGUEZ

Especial

aquel proyecto de Educación Popular y las circunstancias de su fracaso. “Si el gobierno de Bolivia, en el año 26, se hubiese tomado el trabajo de examinar el plan, habría conocido su importancia —si hubiese exigido de los que desaprobaban [el proyecto] las razones en que debían fundarse, e impuesto silencio a los que se oponían bajo pretextos frívolos, el Alto Perú sería hoy un ejemplo para el resto de América meridional: allí se verían cosas verdaderamente nuevas”, escribe el maestro en ese reporte.

Las últimas letras

Este fallido momento sería el punto más alto del poder político accionando en las manos de Simón Rodríguez. Apenas duraría unos ocho meses. Muchos años después, en su “Extracto sucinto de mi Obra sobre Educación Republicana”, en 1848, escribiría: “porque en vida de Bolívar



Therond, Calle Real de Bogotá, 1869

pude ser lo que hubiera querido, sin salir de la esfera de mis aptitudes. Lo único que le pedí fue que se me entregaran, de los Cholos más pobres, los más despreciados, para irme con ellos a los desiertos del Alto Perú – con el loco intento de probar que los hombres pueden vivir como Dios les manda que vivan...”.

Las palabras del “Extracto sucinto”, escrito esencial del maestro, fueron sus últimas letras pasadas en vida por una imprenta. Lo publicó, en tres entregas, el periódico *El Neo-granadino de Bogotá*, por intermediación del coronel Anselmo Pineda, quien guardaba consigo un cuaderno completo redactado por Robinson desde el poblado de Túquerres, en la tradicionalmente antibolivarista región de Pasto, Nueva Granada.

Allí tuvo lugar el último ensayo práctico de aquel plan o proyecto utópico que acariciaría y rumiaría durante treinta años el maestro y filósofo Simón Rodríguez.

Túquerres no debía ser más que una breve escala en su previsto trayecto a Santa Fe de Bogotá, donde se abrían puertas para la publicación de sus inéditos. Don Simón viajaba con su esposa o compañera, indígena boliviana, Manuela Gómez, quien fallecería durante esa estancia. Su

encuentro con el coronel Anselmo Pineda, gobernador de Túquerres, lo haría permanecer allí alrededor de dos años, desde septiembre u octubre del 47 hasta finales del 49, cuando volverá a Quito. Nunca completó su viaje a Bogotá, renunciando a las gestiones personales de publicación.

Lo que Anselmo Pineda, reconociendo y admirando el genio y la experiencia del maestro, quiso propiciar en su provincia, como un experimento local y periférico, pero aleccionador, fue un proyecto de escuela de maestros, una Escuela Normal como no existía en Bogotá, ni en Quito, ni en Lima, ni en Caracas.

Robinson tenía una enigmática repulsa a volver a esta última, después de su partida en 1797, pese a los ofrecimientos honoríficos del entonces actual gobierno de Carlos Soublatte.

Un plan maestro

Dos de las tres últimas cartas escritas por el maestro que se conservan están dirigidas a Anselmo Pineda. La del 2 de febrero de 1847 puede ser vista como una experienciada reflexión sobre el poder y la periferia. En ella, tal vez por única vez en sus textos conservados, Robinson inventa el concepto americano, republicano y federalista de “toparquía”: poder del

lugar. Territorio con voluntad. No “señorío local” (como señala la acepción del término en el diccionario), sino célula social y colectiva de voluntad política integrada en un tejido general o nacional del poder.

La filosofía de Simón Rodríguez, que es en conjunto el proyecto de la creación de un pueblo libre o republicano en un vasto territorio militarmente liberado, es portadora de una estrategia geopolítica dibujada por la retícula y el rizoma. El plan maestro de “colonizar el continente con sus propios habitantes”, la colonización endógena de los desiertos suramericanos, implica la integración de una topografía política donde los poderes periféricos no son anulados por la lejanía del centro sino que lo alimentan inmediatamente con sus fuerzas.

Hay una estrategia robinsoniana de territorialidad del poder y de la libertad. Crear territorios como se crean voluntades (y “educar es crear voluntades”), territorios con capacidad de voluntad, contando con que la voluntad es el grado de poder que corresponde a cada individuo o singularidad en una formación social democrática. Esa voluntad singular tiene la facultad de sumarse o de sustraerse a una voluntad general con la cual concuerde, o no, racionalmente.

La voz de Rodríguez en un documento memorable



■ J. A. Calzadilla Arreaza

LA CARTA DE TÚQUERRES es un documento memorable. Un complemento sutil y fecundo para los textos impresos de Simón Rodríguez. Le debemos su relevancia al presidente Hugo Chávez, quien hizo alusión a ella, echando luz pública sobre el concepto robinsoniano de “toparquía”, y mostrando la adhesión del maestro al espíritu político de la “confederación” como forma más perfecta de gobierno. Podemos inferir gracias a ella que la República territorial de Simón Rodríguez es una especie de Estado Federal. En aquellos años estaba a punto de estallar, por cierto, la Revolución Federal venezolana.

El maestro, en una curiosa mezcla de estilo directo y estilo indirecto libre, narra y refiere a Anselmo Pineda lo que dijo a los tuquerreños, en medio de “una escena turbulenta que hice, en la escuela, una mañana”:

“Conseguida la reunión de medios y de jóvenes, empecé mis lecciones, dirigiendo entre tanto la construcción de muebles. Ni los discípulos sabían aprender, ni los obreros trabajar. Éstos, con la herramienta de San José, y yo, supliendo con algunos instrumentos que conservo, por curiosidad, hemos hecho, no una obra, sino un milagro.”

“Los gobiernos republicanos no han de ser Tragaldabas [personas muy tragonas (DRAE, 1992)], como los monárquicos. Los vastos dominios se gobiernan mal, porque la dominación degenera en tiranía, al paso que se aleja del centro. La influencia moral es al revés de la influencia física; en ésta se ve que los cuerpos inmediatos a un foco, se abrasan, mientras que los distantes están fríos; por el contrario, la Administración más moderada es despótica a lo lejos, por el abuso

que los empleados hacen de sus facultades, al favor de la distancia.”

“Si el que manda no ve el alto gobierno en el bajo, yerra, creyendo acertar. En una casa, los últimos criados son más insolentes que los primeros.”

“Por eso he dicho, en la defensa de Bolívar, que el que no aprende política en la cocina, no la sabe en el gabinete.”

“Si los gobernantes pensarán en esto, darían los últimos empleos a los primeros hombres. Véase lo que se ha hecho en Túquerres, porque había un gobernador como el Coronel Pineda.”

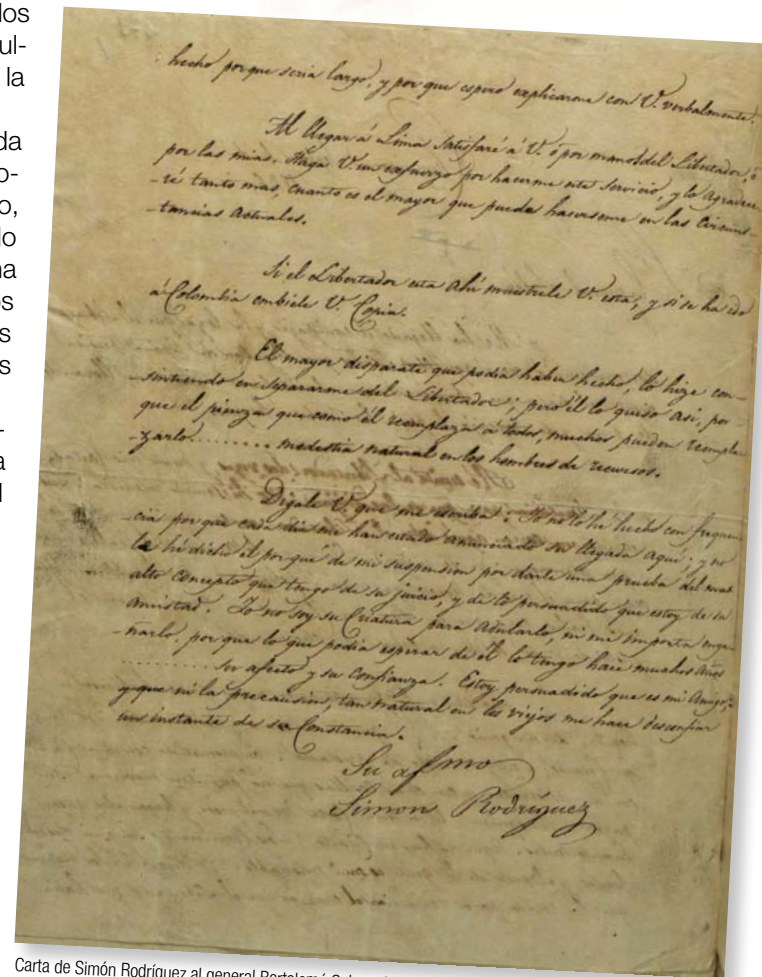
“El mejor gobierno, a larga distancia, es malo, y con las quejas sucede al contrario. Salen vivas de la boca del quejoso, en el camino se desvanecen, y llegan moribundas (si es que llegan) a los oídos del gobernante.”

Uno de los últimos párrafos de la carta es digno de estudio concienzudo, y constituye un fragmento que arroja rica luz sobre la fragmentaria pero integral filosofía política robinsoniana.

“La verdadera utilidad de la creación [política] es hacer que los habitantes se interesen en la prosperidad de su

suelo; así se destruyen los privilegios provinciales; ojalá cada parroquia se erigiera en Toparquía; entonces habría confederación... el Gobierno más perfecto de cuantos pueda imaginar la mejor política! Es el modo de dar por el pie al despotismo... esto es... (y esto es, mil y mil veces) si se instruye, para que haya quien sepa y si se educa, para que haya quien haga. Casas, lugares, provincias y reinos rivales, prueban mala crianza.”

Obviamente, “mala crianza” no quiere decir otra cosa, en boca del maestro, que “mala educación”.



Carta de Simón Rodríguez al general Bartolomé Salom, Chuquisaca, 4 de septiembre de 1826.

El investigador Nelson Chávez realizó el hallazgo en varios archivos del continente

Documentos inéditos dan luces para reconstruir con mayor precisión la vida y obra de Simón Rodríguez



Nelson Chávez, Caracas, 2016. Fotografía: Romer Carrascal.

■ Jeylú Pereda

CARTAS AL MARISCAL Antonio José de Sucre, la aceptación del cargo de Adjunto a la Diputación de Escuelas de Instrucción Primaria en Arequipa y un acta de defunción, son algunos de los más recientes documentos hallados sobre el revolucionario maestro caraqueño Simón Rodríguez.

El hallazgo fue realizado en el año 2013 por el investigador Nelson Chávez, quien tuvo la oportunidad de “pesquisar y hacer archivo en las bibliotecas de varios países del continente”. Durante ese proceso, logró encontrar los originales de las obras publicadas y más conocidas de Rodríguez; entre

ellas “los de la Crítica de las providencias del gobierno, que en las ediciones que conocíamos (1954, 1975, 1999) no se leía bien”.

Además, consiguió “documentos inéditos desconocidos para la mayoría de los investigadores y biógrafos” de Rodríguez. Digitalizó los informes policiales del incendio de la ciudad de Guayaquil de 1896, en el que se supone, se quemó un baúl lleno de escritos inéditos de Simón Rodríguez, que se encontraban en resguardo de la familia Destrüge.

Chávez hizo el mismo procedimiento con una entrevista a Camilo Gómez, “único testigo presencial de la muerte de Simón Rodríguez en Amotape, en 1854”. Asimismo, digitalizó “un avi-

so que aparece en la prensa peruana anunciando que Simón Rodríguez está muy enfermo y muriendo”.

El investigador también pudo recoger las impresiones sobre el Rodríguez en varias universidades de la región; así como información sobre su rastro en los pueblos en los que vivió.

De acuerdo con Chávez, los materiales encontrados sirven para reconstruir el periodo en el que Rodríguez regresa a Nuestra América —en el año 1823— hasta su muerte en Amotape, Perú —en el año 1854. Sobre esta etapa “hay muy poca investigación de archivo”. En este sentido, tales hallazgos tributan a una “mayor precisión” sobre la vida y obra del maestro, y además “servirán a investigadores futuros”.

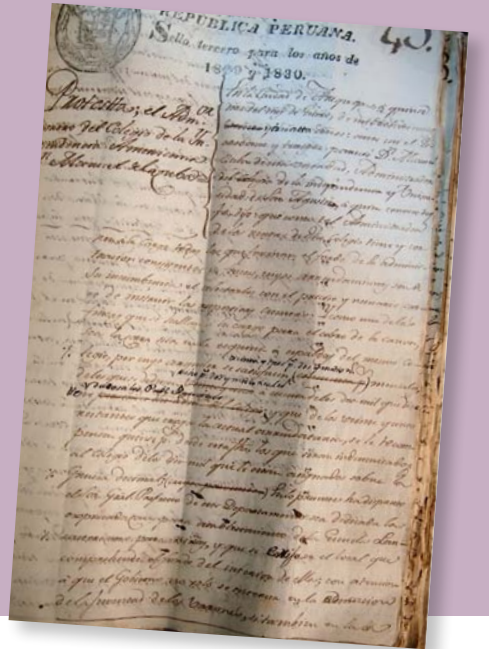
Un pionero de la filosofía y de la educación popular

Nelson Chávez describe al maestro Simón Rodríguez como “uno de nuestros filósofos más potentes y queridos”. Considera que quienes lo conocen y lo leen, “descubren que en él hay un punto de partida de un pensamiento nuestroamericano original, libertario, descolonizador”.

El investigador no duda en afirmar que Robinson —seudónimo con el que también se conoce a Rodríguez— es “un pionero de la filosofía y de la economía política, de la educación popular y de la economía social”.

Por tal razón piensa que es fundamental dar a conocer los nuevos documentos encontrados sobre la vida y obra del maestro. Chávez cree que es necesario hacerlos públicos para que otros investigadores avancen con mayores herramientas sobre Rodríguez y sobre los orígenes de la Educación Popular en Nuestra América.

“Publicar estos documentos es llamar la atención sobre lo que falta, abrir aún más una investigación que muchos tal vez han creído agotada”, planteó.



Razones para buscar

El trabajo de Chávez se enfoca en la filosofía latinoamericana y caribeña, y desde aproximadamente 11 años se ha dedicado al estudio de Simón Rodríguez. “Todo sobre su vida y obra me interesa”, afirma.

Su investigación la llevó adelante con el apoyo de una beca del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) de México, para optar por el título de la Maestría en Estudios Latinoamericanos en la Universidad Nacional Autónoma de ese país.

Chávez hizo arqueo de fuentes en Lima, Santiago de Chile, Valparaíso, Concepción, Arequipa, Puno, Azángaro, Sucre, La Paz, Amotape, Pasto, Latacunga, Guayaquil, Quito y Bogotá. A su juicio, para entender —“e incluso criticar al autor de Sociedades Americanas y la Defensa de Bolívar— hay que recorrer los territorios que recorrió, pensarlo en las costumbres y hábitos de estas sociedades en las que se preguntó: ‘cómo son y cómo podrían ser’ en un futuro, si actuaban de una manera o de otra”.

Aunque estuvo limitado por el tiempo —“fueron solo tres meses”—, Chávez pudo compilar —“después de Pedro Grases”— los archivos originales de las obras de Rodríguez publicadas entre los años de 1828 a

1848: “Una de ellas la Crítica de las providencias del gobierno que hasta hoy era casi ilegible en las ediciones anteriores a una que hicimos en México en 2013 con los materiales encontrados”.

En los lugares donde no había nada escrito sobre Rodríguez —“ni por él”—, pero en los que Chávez sabía que había vivido el maestro, entonces apeló a “las notarías, los archivos departamentales y eclesiales”. También conversó con personas, profesores, historiadores e investigadores de estos lugares.

Según Chávez, esto le permitió conocer “cómo era valorado y recordado Simón Rodríguez”. Además, descubrir que “el autor aún sigue siendo un desconocido para muchos, que las biografías adolecen de un trabajo de archivo especialmente del periodo que va desde su regreso a Colombia en 1823 y hasta su partida física en Amotape, Perú, en 1854, y que falta mucho trabajo por hacer”.

El valor de los documentos

“Su mayor valor es espiritual”, es la respuesta del investigador respecto a la importancia de los documentos encontrados. Sostiene que “Simón Rodríguez es uno de nuestros grandes guías espirituales; es nuestro maes-

tro, nuestro filósofo, una de las raíces de un árbol que va creciendo poco a poco pero que hay que alimentar si sentimos la necesidad de ser libres, fuertes como pueblo, soberanos”.

Los materiales encontrados, afirmó, sirven para “evaluar argumentos repetidos sobre el autor, corregir o complementar las biografías, y llamar la atención sobre lo poco documentadas que son las biografías escritas sobre su figura por Miguel de Amunátegui, Fabio Lozano Lozano, Alfonso Rumazo Gonzáles”.

Chávez opina que las tres biografías más importantes que se han escrito sobre Simón Rodríguez “adolecen de un trabajo historiográfico documental, tienen poco o nada de trabajo de archivo, pocos documentos notariales, firmas de contratos como profesor o científico, registros mercantiles de su empresa como fabricante de velas, documentos de contratos

con los gobiernos regionales, nacionales o locales que le contrataron como maestro, documentos o registros de sus desembarcos, o de la fundación de las escuelas de Bogotá, Túquerres, Valparaíso”.

A su juicio, estas biografías “se han servido más de anécdotas que de documentos y esto no está mal, pero es incompleto”. Sostiene que los archivos

LOS DOCUMENTOS ENCONTRADOS

1- Carta de Simón Rodríguez al Mariscal Antonio José de Sucre. Trata sobre su nombramiento como Director General de Enseñanza Pública y la fundación del Colegio de Cochabamba (diciembre 29 de 1825).

2- Carta de Simón Rodríguez al Mariscal Antonio José de Sucre. En esta solicita al Mariscal tomar las medidas correspondientes para nombrar administradores y encargados de las cuestiones administrativas de los Colegios con el fin de hacer cumplir los decretos del 11 y 16 de diciembre de 1825 sobre la Instrucción Pública y los Hospitales (enero 27 de 1826).

3- Informe sobre el establecimiento del Colegio de Cochabamba (mayo 8 de 1826).

4- Carta de un tal Miguel Antonio Sumaz(¿) al Mariscal Sucre, sobre un informe de enfermos que le solicitó Simón Rodríguez (abril 14 de 1826).

5- Reglamento para el Hospital de Santa Bárbara. Informe dirigido a Simón Rodríguez por Miguel Antonio Sumaz(no se lee bien este apellido en el documento). Este documento aparece firmado recibido, por Simón Rodríguez.

6- Subcontrato de Arrendamiento entre Manuel Antonio Corrales(no se lee bien) y Simón Rodríguez. (Arequipa, 20 de octubre de 1830).

7- Carta de Simón Rodríguez a Manuel Antonio Almonte. Aceptación del cargo de Adjunto a la Diputación de Escuelas de Instrucción Primaria en Arequipa (6 de enero de 1831).

8- Acta de Defunción de Simón Rodríguez. (Anotape , Perú, 1854).

9- Posibles escritos de Simón Rodríguez publicados sin firma en El Faro del Bio-Bio. Algunos de estos fueron publicados junto al maestro Juan Antonio Calzadilla en Letras, Ciudad Caracas. (<http://www.ciudadccs.info/wp-content/uploads/2014/11/02/LETRAS021114.pdf>).

10- Artículos de prensa en los que se comenta la obra de Simón Rodríguez. Otros artículos en los que se anuncia la venta de Sociedades americanas y de la Crítica de las providencias del gobierno.

que complementan lo publicado hasta hoy existen; “solo falta ir a buscarlos”. Y “estos documentos que encontré son una parte”, expresó.

Falta mucho por encontrar

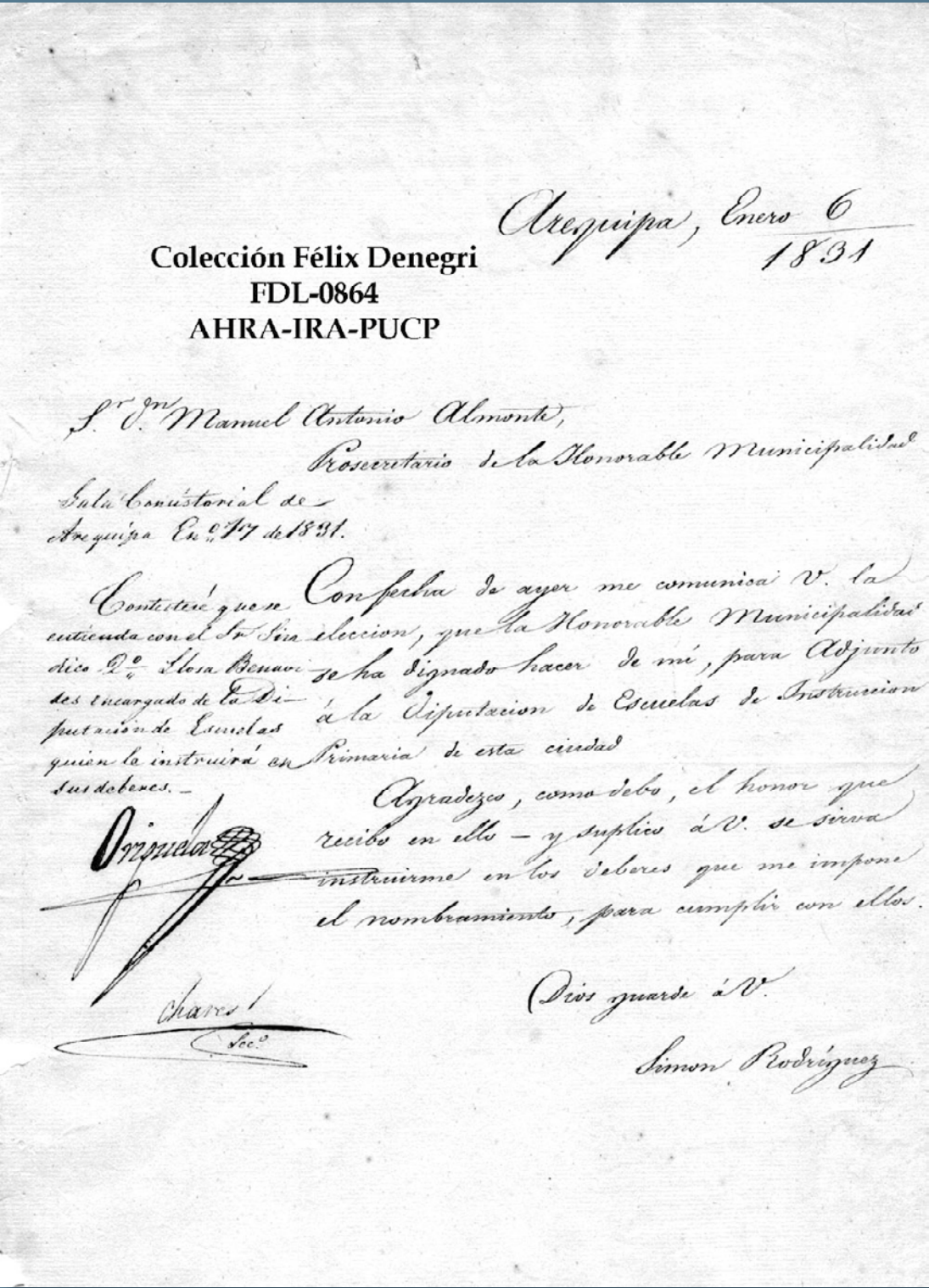
El reglamento para el Hospital de Santa Barbara, las cartas a Sucre y sus posibles colaboraciones en el semanario chileno Faro del Bio-Bio, “aportan para ensayar críticamente sobre lugares que se han hecho comunes”. No obstante, Chávez está consciente de que aún falta mucho por encontrar.

En algunos casos, comentó, “sabemos en qué lugar hay que buscar, como es el caso del Colegio de Latacunga (Ecuador), donde espera un archivo inmenso sin catalogar”. Sin embargo, Chávez reconoce que arquear archivos es un proceso de “horas, días, meses, incluso años”.

Sobre todo dado el carácter itinerante de Rodríguez.

La mayor parte de las investigaciones de archivo que se han hecho sobre la vida de Simón Rodríguez, acotó, son las que corresponden a sus años de infancia y de maestro en la Caracas colonial. Sobre su salida del país, su vida en Jamaica, Filadelfia, Europa, “hay muy poco; básicamente lo que pudo arquear Arturo Uslar Pietri en los archivos policiales en Francia”.

También falta investigar, por ejemplo, “si los escritos que quedan en manos de la familia Destruge en verdad se quemaron todos en el incendio de Guayaquil, si en estos escritos habían textos en kichua, aymara, otros idiomas”. Además, “falta encontrar su obra llamada Carta a cinco bolivianos, su Tratado sobre la pólvora, muchos archivos y escritos, faltan muchas cartas, documentos”.



Carta de Simón Rodríguez a Manuel Antonio Almonte. Aceptación del cargo de Adjunto a la Diputación de Escuelas de Instrucción Primaria en Arequipa

Arequipa, 6 de enero de 1831. Colección Félix Denegri



CORREO ELECTRÓNICO memoriasdevenezuela.r@gmail.com / comunicacionescnh2014@gmail.com **PÁGINA WEB** www.cnh.gob.ve
TWITTER @Memoriasvzla / @cnh_ven **FACEBOOK** Memorias de Venezuela / Centro Nacional de Historia **TELÉFONO** (0212) 509.58.32

